Los primeros pasos

Eduardo Mosches

Encontrarse ante el pastel con una velita es una forma que tienen los adultos de celebrar el cumpleaños de un hijo, la sobrina, el nieto-nieta, mientras los causantes de tal acto miran hacia cualquier lado, se babean un poco, soplan en dirección equivocada y la mamá apaga la llama de la velita. Y así iniciamos el camino, a trillarse, de las celebraciones. Y pasan los bautizos, en algunos se hace fiesta al hecho de que le cortaron al hombrecito el prepucio, esto sin tomar en cuenta el dolor del dueño del pene chiquitito, en otras visten de novia sacramental, en vestido blanco o rosa, a esa niña que se siente contenta en esa especie de ensayo de casamiento; el futuro espera impaciente, tamborileando en la esquina del atrio. O cuando realizamos el primer paso de baile, tirando el temor por la borda de algún ritmo sincopado. En fin, sin olvidar cuando en algún atardecer oscureciendo estrenamos impacientes el reclamo de la sexualidad del cuerpo propio con el otro, revolviendo las llamas internas, con cierto dolor en los testículos o en los pezones erectos, sin hablar del olvidado clítoris. Y celebramos, envueltos en el conocimiento del ritual, o simplemente nos sentimos alegres, sonreímos, y sí que festejamos. Entre ondeantes banderas rojas, con hoz y martillo, algún cuatro pegado en alguna esquina, marchábamos en nombre de la historia, en los primero de mayo o por el mes de octubre, recuerdos y deseos, y nos sentíamos contentos, o en aquellas contra los bombardeos en Vietnam, Panamá o Chiapas, y se formaba ese sentimiento de estar haciendo algo en la historia, para la historia y celebrábamos por un futuro diferente. Entrar en cierto cementerio, y pasear por la tumba del poeta preferido, dejar el ramillete de flores, leer algún poema y marcharse contento con el sentimiento sonriente bajo el sobaco o en la solapa del libro. Pero, también, lamentablemente, no pocas veces, se hace difícil festejar, como cuando encontramos un niño envuelto en la miseria, con el tizne en sus ojos del hambre y el frío, o cuando vemos esa foto de cadáveres descompuestos, producto de alguna guerra local, mientras los millonarios se enriquecen más, y duele el dolor y la tristeza penetra con la suavidad silenciosa del hecho de morir. Pero también logramos toparnos con la sonrisa que se pinta en la cara del sediento que sorbe trago a trago un poco de agua y vida.

Y así, a tropezones con las contradicciones vamos celebrando por esta vida los momentos o sucesos que nos importan, además de los que dejamos pasar sin darnos cuenta, que desconocemos o que ignoramos como el cumpleaños del vecino o de alguna publicación que está cumpliendo veinticinco años, como ésta, en la que escribo lo que ustedes leen.

Celebremos lo que podamos y deseamos celebrar. Que no nos maten la alegría de vivir.

Todos somos migrantes

Gerardo Amancio

Mientras esperaba en el auto a la espera de una señal, Gómez Vargas miró su reloj. Eran las cinco treinta de la tarde de un día lluvioso y frío, casi cristalino. Las calles xxxxxxxxxxxxx reverberaban como espejos, así como en las películas. Pensó que el mundo, al menos ese día, parecía limpio, prácticamente inmaculado.

Se arrellanó en su asiento, ya faltaba poco. Miró por el retrovisor el automóvil con las intermitentes que frenaba para enfilarse al estacionamiento del edificio a su derecha. Las puertas se abrieron automáticamente.

—Ya es hora —dijo a Díaz Cervera, el acompañante.

Éste se desperezó y ambos salieron del auto, justo a tiempo para penetrar al estacionamiento antes de que se cerraran las puertas.

Vocearon el nombre de quien acababa de entrar y se identificaron como xxxxxxxxxx agentes judiciales.

—Tenemos una orden de presentación.

El hombre tenía la cara más blanca que un papel. Días Cervera le explicó que debía acompañarlos.

"Bendito país", pensó Gómez Vargas. "Tan fácil que resulta embaucar incautos".

—¿Tiene algún familiar a quien avisarle? —preguntó Gómez Vargas.

El hombre respondió que a su esposa. Marcó por el celular.

Ya a la salida del edificio, Gómez Vargas observó que un individuo salía sigilosamente, fue entonces que se relajó. Luego apareció la esposa, envuelta en un grueso abrigo, sin maquillar y con el cabello recogido.

Díaz Cervera volvió a leer los datos del presentado y el hombre advirtió un error en su segundo apellido.

Gómez Vargas puso expresión de sorpresa. ¿Cómo?, ¿se habían equivocado? Usted disculpe, no sabe qué pena. Pepe, vámonos.

—¡Qué puta nos salió! —dijo Díaz Cervera.

—Sí, pero ya sabes cómo es el Jefe.

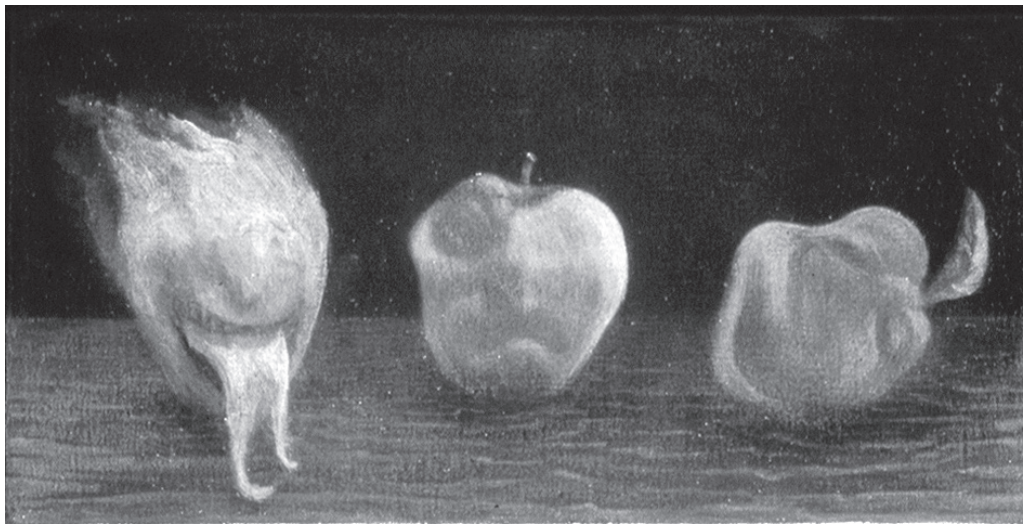
—Ya estoy hasta la madre de esta chamba de ángel de la guarda —dijo Díaz Cervera mientras encendía un cigarro.

"Esas cosas matan", iba a decirle Gómez Vargas, "pero, es un mal chiste, ya estamos muertos".

Manríquez releyó lo tecleado en su máquina de escribir y pensó en lo difícil que es publicar cuentos hoy en día que se les vean los tachones. El problema no era su aversión al procesador de textos sino dos preguntas: ¿Qué contar? y ¿a quién?

Antes de la irrupción, paulatina pero constante de las computadoras, se apresuró a publicar sus cuentos porque intuía que el mundo estaba por acabarse. Más bien, su mundo estaba por terminar. Uno ruidoso en el que sobresalía el sonido de las teclas sobre el papel; uno menos silencioso que el de ahora, con sus mails, sus tweets y redes sociales. Uno donde no era tan rápido localizarlo a uno porque no había celulares, sino teléfonos analógicos. Su mundo era otro; más bien, un territorio del que tuvo que emigrar.

Un ex Alto Ejecutivo que ayudó a desarrollar Facebook declaró que ahora la gente, gracias a las redes sociales, sueltan información que los servicios de inteligencia de los nazis y la Unión Soviética solían obtener bajo tortura hace cuarenta,



cincuenta, sesenta o setenta años; esto no quiere decir que el mundo sea más transparente que antes, sino que los datos que importan son otros.

En cuanto a publicar, ni el cuento ni la poesía venden y sólo se imprimen los textos de aquéllos que ya llevan algo de vuelo. Mejor difundir por internet.

Sin embargo, nadie puede quitarle a uno el placer de escribir un relato, bueno o malo, pero a la antigua.

Gómez Vargas detuvo el auto. Díaz Cervera lo miró y le preguntó por qué.

—Me quedé pensando en la mujer.

—Pero, ya la salvamos.

No, no la habían salvado. Gómez Vargas arrancó y dio la vuelta. Se detuvo frente al edificio y bajó del auto. En el recibidor pulsó todos los timbres.

Muchas voces contestaron al mismo tiempo.

—¡Pizza! —gritó la palabra mágica.

Seguido por Díaz Cervera subió por las escaleras al xxxx 402. La puerta estaba entreabierta y encontraron al marido a punto de estrangular a la mujer con su cinturón.

"Puta madre", pensó sin signos de admiración, "no usamos xxxxxx armas".

El buen Pepe Díaz Cervera se abalanzó sobre la espalda del hombre y lo derribó. La mujer se alejó a gatas de la escena.

"Venía a matarla".

Ya sometido el marido y la mujer lloriqueante sentada en un sillón, comenzaron las recriminaciones. Que tú, que yo, que aquél, que no me atiendes, que me mato en el trabajo para darte una buena vida y así me pagas.

Gómez Vargas fue a la habitación conyugal. Observó la cama deshecha, las sábanas mojadas; olió el olor a sexo y, como regalo, varios condones usados a la vista.

"Ni cómo defenderte, mi reina".

De vuelta a la sala, Díaz Cervera lo miró: "¿Qué hacemos?"

"Ya los juzgará el Señor".

Cada uno agarró a su cada cual y los enfiló hacia la terraza. De vista a la calle les dijo:

—Hagan de cuenta que es un pacto suicida. Juntos hasta la muerte, ¿o no?, ése fue el juramento que hicieron ante el altar. Si alguno sobrevive, volveremos a cuidarlo, ¿vale?

Ambos cuerpos viajaron por el vacío hasta estrellarse en la acera. A los dos les estalló la cabeza al estrellarse con el piso, igual que a una sandía.

—¿Crees que alguno se haya salvado? —dijo Díaz Cervera.

—No, espero. ¿Te imaginas el desmadre con el Jefe?

También los ángeles, sean de la guarda o no, se rebelan. En su universo, han resultado ser extrañamente humanos, porque alguna vez lo fueron: luego de muertos, el Gran Gerente, no el Jefe, los puso a hacer trabajo comunitario. El problema es que el personal cada vez llega con ideas diferentes sobre la vida, la muerte, el matrimonio entre homosexuales, el calentamiento global, etcétera.

Manríquez piensa que todavía no puede teclear el punto final, porque esos dos exigen algo más.

Bajaron tranquilamente por las escaleras y salieron a la calle. Oyeron el grito de la anciana quien, mientras paseaba a su perro, encontró los cuerpos. (El perro, pequeño, de juguete, olisqueó a uno de ellos y estiró la pata para mear).

No tardaron en congregarse los vecinos.

Gómez Vargas aceptó un cigarrillo de Díaz Cervera.

—¿Vamos por el amante?

—Sí. Pero yo manejo.

Domingo por la noche. Manríquez sale a la calle. Para ser invierno, la temperatura es agradable. Camina. Todo sigue en su lugar: el puesto de tortas con sus luces robadas, la entrada del Metro atestada de puestos que ofrecen mercancía de cualquier tipo, algún titular que informa de la muerte de muchos.

Piensa que la realidad ya tiene segundos o terceros pisos, que su cuento no sirve y que tampoco importa.

La escritura, leyó en alguna parte, es terapéutica.

Un dato de la leyenda dice que Freud invitaba fumar un cigarro a su paciente, luego de algún descubrimiento significativo que explicara sus dolencias síquicas.

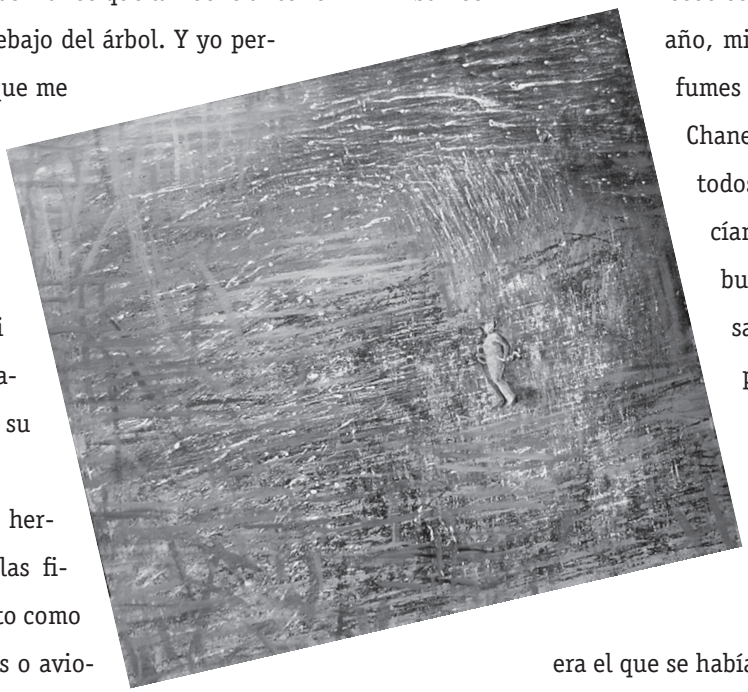
Quién sabe si sea cierto, pero, guiado por esa imagen, Manríquez celebra encendiendo un Camel mientras piensa que sus ángeles son unos pinches ojetes.

Celebraciones siniestras

Rosa Beltrán

Las navidades fueron una rara excepción a los días más bien íntimos, solitarios, de mi infancia. Íbamos relamidos y elegantes a casa de mis abuelos paternos junto con los hermanos de mi padre y sus familias a quienes no veíamos el resto del año. Para mí era una ilusión muy grande encontrarme cada 25 de diciembre con ese grupo de extraños que eran mis parientes. Ellos vivían en el norte de la ciudad y nosotros en el sur, y tal vez eso hacía de ellos los seres más excéntricos de la tierra a mis ojos. Una prima me daba una tarjeta con un paisaje nevado que decía: "que te apachurre la dicha y te destroce la felicidad". Otro primo nos llevaba a buscar el cadáver de una hija de mis abuelos que murió adulta y que según él yacía enterrada en un cuarto cerrado y clausurado que estaba atrás de la casa. Nunca encontramos el cadáver, pero sí en cambio un botín de chocolates para diabéticos que devoramos con asco aventurero que culminó en una memorable diarrea. Una navidad recuerdo haber perdido un broche de oro en forma de pescado, única alhaja para los días de visita, que busqué todo el día bajo amenaza de tortura (pellizcos de mi madre) si no la encontraba. Jamás la encontré aunque nunca sentí mayores pruebas de solidaridad de parte de extraños que, ese día me recordaron, eran de mi propia sangre. Mis primos. Los había altos, chaparros, flacos y nerviosos, de ojos muy grandes, alguna prima de peinado de fuente, otra muy desarrollada, todos parados en el fondo del jardín de una casa antigua y oscura, esperándonos ansiosos: La verja, el jardín, la cochera, una habitación detrás, otra vez el jardín, las escaleras de granito, rojas. A la izquierda el comedor de los grandes, atrás el de los chicos, al fondo a la derecha la sala, arriba varios cuartos. Teníamos prohibido subir. La única vez que lo hicimos con miras a entrar al cuarto de mi abuelo, bajamos despavoridos: desde la puerta logramos ver un crucifijo y un tanque de oxígeno. Pero era en el fondo del jardín, con el único juguete que nos habían traído en la casa de cada uno, a la espera de la apertura de los otros regalos, que te-

nían lugar las desgracias. Porque por razones que ignoro, las navidades estuvieron marcadas por infortunados percances. Fue en ese jardín donde mi hermana, que había pedido a Cuqui y su Salón de Belleza, quemó el pelo de Cuqui y el artefacto secador con las demostraciones, y donde se quedó, sentada, abrazando a su muñeca con tonsura, como a una franciscana. A un primo le dieron un bazukazo en el ojo con el arma letal que fue sustraída por las mismas manos que la noche anterior la habían puesto debajo del árbol. Y yo perdí el broche, cosa que me recordaría mi madre hasta el día de su divorcio en que decidió enterrar —para mi fortuna y mi desgracia— completo, su pasado.



En mi casa, mi hermano jugaba con las figuras del nacimiento como si fueran cochecitos o aviones. El ángel era un proyectil y San José y la Virgen, los blancos. En nuestro Nacimiento, a lo largo de las navidades, hubo varias bajas y varias sustituciones. Para mi décima navidad el ángel carecía de alas y el niño era más grande que sus padres. En casa de mis abuelos tenía prohibido tocar las figuras. Pasaba las horas mirando con ojos acariciadores el vidrio, el papel azul y el foco que, debajo, imitaba de modo sorprendente un lago en el que nadaban patos. Pero aún el árbol, siendo hermoso, estaba rodeado de objetos enigmáticos. En una repisa, un pescador de lladró que inclinado, ahorcaba un gallo. Una base de bronce que sostenía una suerte de plato de mármol contenido en una canasta que subía y bajaba, presionado por un asa. Cuando pregunté qué era, mi tía Chayo me contestó: una escupidera. La miré horrorizada.

Luego estaba el asunto de las rebatingas y las envidias de los adultos por lo mismo que esperábamos nosotros: los regalos. Cada año, mi abuelo rifaba perfumes entre sus nueras. Chanel, Givenchy, Dior, todos excelentes, decían ellas, todos muy buenos, pero siempre salían inconformes porque no les gustaba el perfume que se habían sacado. Invariablemente el perfume favorito de una era el que se había ganado la otra, en una asombrosa infalibilidad matemática. Mi padre y mis tíos las trataban de convencer de que entonces los intercambiaran, pero ellas se negaban, orgullosas, alegando que ese era el que se habían ganado. Entonces llegaba el momento estelar: la apertura de los regalos. Éste iba antecedido por una ceremonia protocolar que a mí me llenaba de entusiasmo: cada papá leía con solemnidad el nombre de la familia y el del destinatario del regalo. Como esto se hacía luego de beber varios aperitivos, vino y comer pavo relleno, bacalao,

castañas y peladillas, los tíos se quedaban dormidos hasta que les tocara el turno de anunciar los regalos mientras las tías pestañeaban para mantener el sopor a raya.

La última navidad, antes de que muriera mi abuelo, en mi casa, Santa Clos me trajo una caja de piedras, envuelta para regalo. Lo feo fue que estuviera envuelta, porque me hizo albergar por un instante la esperanza de que dentro hubiera otra cosa. Yo sabía que esto era imposible porque por haber subido a la azotea y asomarme a casa del vecino, Santa Clos ya me había hecho saber mi castigo a través de interpósita persona —mi madre—. Y también porque Santa Clos no era persona de fiar. Olía mal, tenía un traje luído, y se limpiaba la frente con la manga del traje. Cuando me preguntó qué quería pedirle pude percibir que acababa de comer tacos. ¿Por qué, si nos prohibían acercarnos a extraños tenía que sentarme en las piernas de ese desconocido y encima sonreír hasta que tomaran la foto? Entonces descubrí una posibilidad aterradora. ¿Qué tal si Santa Clos no era más que un tipo corriente al servicio de mamá?

El castigo de Santa Clos fue un gran estímulo a mi carrera literaria. A partir de entonces me seguí subiendo a la azotea en complicidad con Ninfa, la sirvienta gorda que trabajaba en mi casa y que igual que yo, se aburría. Convino en detener la escalera a cambio de que le dijera lo que veía en otras casas. La acción hasta donde recuerdo, fue triunfal. Extendí mi radio a los cuatro puntos cardinales, cuidándome de no ser vista, ya no por Santa Clos, esa figura que todo lo ve, sino, simplemente, por mi madre.

Mostrar indiferencia a los señores sin faltarles al respeto demasiado

Rei Berroa

La ciénaga tranquila
sofrena los caballos de carrera
que el río en su trayecto siempre tiene a punto.
Luce abrigos invernales,
alados sombreros de papel
que se destemplan con el tiempo,
zapatos como niños ignorados
a la entrada del cine o de la iglesia
y le da
tan pocas melodías a la flauta
que aburridos se derriten cocodrilos en la orilla
a la espera de una lágrima.

La ciénaga entre tanto se llena de señores,
de sombrillas,
mariposas
que vuelan sin saber la dirección
de la muerte o la ternura.

En trajes se envuelve vespertinos,
repleta de disfraces como lenguas
enterradas por tsunamis silenciosos.
Circula lo inmovible con calzones de adulterio,
perfuma su insolencia, evitando desatinos,
calza playeras, escafandras, sonrisas como estancos,
bastones y conteras de piel, sin huesos, descarnados.

Como han perdido el origen oloroso del verbo en el oído,
los señores consultan casi siempre el diccionario del vestido
y consueñan la espantosa pesadilla
de que caiga mañana el mercado de valores
y, por tanto, sea imprescindible
aumentar las ganancias del instante
invirtiendo en armamentos
y en el calado del aceite
aunque sea en los parques o jardines de la patria,
bajo vetustas o modernas bibliotecas,
en los coros o el altar de todo monasterio
o en los comulgatorios de las viejas catedrales.
Cualquier lugar, en fin, donde el sagrado capital
cobre vuelo y nos diluya el espinazo.

Arrojen todo aquello malandrines
malqueridos
malhadados.
Abdiquen de las uñas con que arañan,
del talego con que creen revelarle al hombre sus misterios,
las limosnas con que enalman sus carrazos,
los peinados,
vengan descompuestos,
al desgaire.

Traigan sus boqueras y legañas,
el sexo al viento desflorado,
suelten esas manos adheridas a las bolsas, los sobacos,
con los brazos desprendidos
acudan, cabrones, a la gleba indefensa
agazapada como gatos frente al agua,
contemplen con respeto a los vacíos
cuando van sin horizonte, despoblados.

Nadie escarbe entre las horas
su monólogo estridente,
su estornudo,
el garabato de su propia identidad
perdida entre las calles,
todavía inmadura su amarillenta humanidad,
la puerta cerrada de la casa,
corridas sus aldabas.

Estupren el siniestro de la risa controlada,
los achaques del esmero,
la insolencia del que cree tan sólo en apellidos
y desprecia también al no ilustrado.

Dejémosle la ciénaga para ellos
con sus trajes, su gramática de números,
sus visitas a los templos con que aplacan sus gusanos,
las roñosas limosnas con que acallan
a la plácida verdad y su herbolario
y lleguemos nosotros a la plaza como somos,
con aquellas pocas cosas
que a fuerza de sudor y poco sueño hemos logrado.

Nadie llegue sin trompetas, ni azucenas, sin tambores,
nadie cante con cadenas, solitario, sin compaña;
y que entierren con tumultos a la viuda soledad y sus monedas,
que vibren los cristales de la risa y temblemos
abrazados yo y el otro, el vestido o desvestido,
fijas nuestras miras en sus blancos y sus móviles
de sueños o presentes o futuros;
yo y el otro, el que se busca en la palabra de la hora
y no conoce la corbata, los relojes, los anillos,
el que aún no ha probado su bocado esta mañana
y a él sí recibamos en la mesa
donde el pan no tiene adornos y el agua
es sólo agua que nos sacia la sed cada minuto,
a él sí celebremos con aplausos y finales impetuosos
de platillos y violines,
con violetas, liberados,
de jacintos y timbales,
con poemas y vocales,
con campanas...

Veranos griegos

Marco Antonio Campos

Por llanuras verdes y áridas montañas bajo el sol,
Por peñas voladas volanderas robadas al amarillo cobre,
Por pueblos pescadores dispuestos con inocencia
por una mano blanca,
Por esas viejas que hilvanan a la sombra
en corredores o en terrazas de pequeñísimos
pueblos de islas pequeñísimas,
Por arenas de oro que hacen al mar más azul
y al mar más vela para las navegaciones,
Por los moradores al alba que miran el mar
desde cualquier templo o cima,
Por viñas verdinegras y por olivos de luna
bajo la verdinegra luna de mar oliva,
Por el horizonte al cárdeno o al violeta
desde el vértigo y la altura de una montaña
que medía las alturas de Cefalonia,
Por el farallón cerca de Nauplia
que sabe del adiós de las navegaciones
y del saludo de los regresos,
Por los dioses y héroes que marchan por los caminos
y a veces se disfrazan de piedra o árbol,
Por lo que quedó debajo del corazón o la piel
como iluminación interior o sonido de campanas,
Por eso, por eso digo, me pregunto, insisto:
¿Dónde, dónde hallamos más poesía, dónde,
que en los veranos griegos?

María Zambrano en el recuerdo de Juan Soriano

Adolfo Castañón

Juan Soriano no sólo es un artista plástico, un gran pintor y escultor de primera magnitud. Es además un gran conversador, un hombre culto y desenfadado que ha sabido ser amigo de poetas como Xavier Villaurrutia y Octavio Paz. Cuando vivía en Roma, se hizo amigo de María Zambrano con quien tuvo una relación muy cercana, pues a ella no sólo le gustaban sus cuadros, sobre los cuales escribió en diversas ocasiones (véase el libro de María Zambrano: *Lugares de la pintura*. Recopilación de Amalia Iglesias. Madrid, España, Acanto / Espasa Calpe, 1991), sino su palabra vivaz de conversador y su generosa compañía. En Roma, María conoció y trató a otros mexicanos como Sergio Fernández, Sergio Pitol, Tomás Segovia, Jorge Hernández Campos. Hace un par de años, en septiembre de 2003, me acerqué a Juan Soriano para que hablara en una entrevista de María Zambrano. Este es el resultado de esa conversación.

Juan Soriano —el gran pintor mexicano— la recuerda así en una entrevista realizada en el otoño de 2003.

(JS) María Zambrano decía de su hermana Araceli: "Si la hubieras visto hace cuatro años desnuda te hubieras muerto, porque no sabes qué cuerpo tenía mi hermana, pero ahora ha engordado desgraciadamente". Y luego la hermana se subía a esos coches chiquitos.... Araceli apenas cabía en ellos, le metían primero las piernas; luego, los pechos eran de una dificultad horrible porque los tenía grandotes (risas), y después las nalgas... (risas). Era blanca, estaba preciosa, vieja, gorda y se veía guapísima...

(AC) Ella, Araceli, había sufrido mucho en la guerra...

(JS) Sí, Araceli fue de esas que llamaban en España una real hembra. María en cambio era fea, nunca fue bonita.

(JS) Bueno, María no era desagradable, pero era fea.

(AC) Sí, lo debe de haber sido, por lo que yo he visto, delgada, alta, tetona y con cara de monja.

(JS) María tenía mucha personalidad y todo lo demás, pero no era atractiva. El marido de ella era una belleza profesional y era muy bueno, le hacía

todas las cartas y las corregía, porque ella escribía tan rápido a máquina que la mitad de las cosas que escribía se quedaban impresas en el rollo.

(AC) O se le terminaba la hoja....

(JS) O se quedaban en la mesa o en el rollo. Y luego se enojaba muchísimo porque le decían: María te falta una frase. "¡No me falta nada!" (risas). Pero le faltaba una frase.

(AC) Al parecer María no era muy descuidada para escribir; nunca lo fue y no por cosas de la edad. Uno de los desencuentros con Octavio Paz se dio cuando en algún momento ella le manda en manuscrito la reseña de *El Laberinto de la Soledad,* y entonces Octavio Paz ve que hay una puntuación que falta, no sé qué, y le dice: "Me va a permitir que le ponga unas comas". Entonces ella se enojó, y ahí surgió el desencuentro casi para siempre.

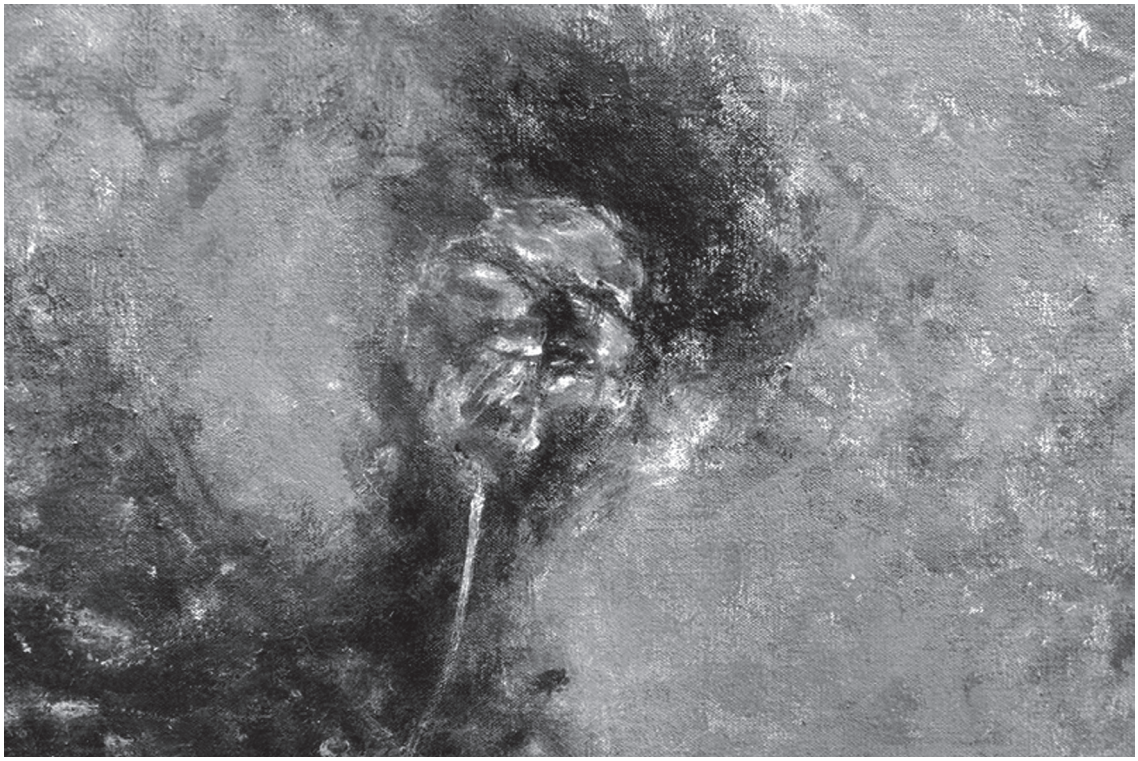
(JS) Sí, a sus textos le faltaban pedazos y ella se enojaba mucho (risas).

(AC) ¿Como en qué año conociste a María Zambrano?

(JS) Pues yo la conocí en México. Llegó a México con su marido en ¿39, 40?

(AC) Con Alfonso Aldave, o algo así...

(JS) Bueno, ellos creían que era muy rico, pero no era muy rico, era un hombre muy guapo y muy buena persona y que la ayudó muchísimo, era también como su secretario. Y ella, claro, estuvo muy enamorada de él, pero llegaron a México, no tenían mucho dinero, y se fueron a vivir a Morelia. Tenían una cama en que cabía él... pero ella no (risas), y entonces dormían como *sandwich* (risas). Para María era terrible, era realmente el exilio en esa ciudad por entonces tan poco habitada...



(AC) Cuando la mandan a Michoacán ella siente que es una especie de segundo exilio que Cosío Villegas y los mexicanos no la quieren, algo había de eso...

(JS) Sí, sí.

(AC) María dice que su único amigo en Morelia fue una estatua de Vasco de Quiroga a la que le platicó toda su vida y toda la guerra civil (risas).

(JS) Hacía unas tragedias tremendas y era muy buena para contarlas, entonces te divertías muchísimo. Tenía un carácter tremendo, te daba descolones que te quedabas seis días pensando en ella.

(AC) Yo creo que debe de haber sido un tipo de mujer que no tenía nada que ver con el tipo de mujer que había en aquella época, con las alumnas de la Universidad.

(JS) Y luego, además, se enamoraba de los gatos.

(AC) Una gatófila, una, perdón por la palabra, alurófila.

(JS) Sí.

(AC) ...*gataia*..., como decía ella.

(JS) Salía a la calle y se traía los gatos a su casa.

(AC) Ella cuenta en algún lado, en una entrevista, que a ella la corrieron de Roma por *gataia*, a ella y a Araceli...

(JS) Fue un fascista que vivía en la misma casa. El fascista tenía gatos también, entonces hizo un pleito por los gatos y logró que la corrieran, y entonces la corrieron...

(AC) Y se fue de Italia.

(JS) De Italia, sí, la corrieron, ya se iba pero le habló a la hija de Benedetto Croce que era muy influyente, una señora maravillosa... Elena Croce. Esta mujer le dijo: "Mira, María, esto yo lo arreglo ahorita en cinco minutos"; habló por teléfono a un amigo, y claro, él dijo: "¿Qué es eso de correr a María Zambrano?" El día que le dieron la orden de que se fuera había salido publicado un libro de ella. Ella tenía ya muy buena prensa, el libro tenía mucha publicidad...

(AC) ¿Eso la salvó?

(JS) No, la salvó la amiga que llamó inmediatamente al hombre influyente. Ella no quería aceptar, dijo: "Yo no quiero aceptar eso, prefiero irme", pero la amiga la convenció de quedarse. Elena Croce dijo: "No seas absurda, María, quédate, no tienes dinero, la pasas mal, quédate, tranquilízate y ya tú y tu hermana luego, más adelante, se van adonde quieran". Y tenía razón...y sí, se quedó.

(AC) Y hay una tradición en Roma de que la gente es muy gatera, el pueblo romano está lleno de gatos....

(JS) Y les dicen *gataias*, precisamente. Y es horrible porque van con una canasta y hay un gato ahí y sacan bofes e hígados y corazón, y es como una fiesta azteca. Y el gato ahí comiéndose y royendo un corazón con mucho trabajo... Y las conversaciones en el Coliseo, eran una maravilla...

(ACM) Ya en Roma.

(JS) Allá en Roma nos íbamos ella y yo con unas botellas grandes llenas de

aguardiente y ella me decía: "¿Quieres tantito?" "Sí, pero muy poco". Y ella decía: "Bueno, un poquito" (risas). Ahí me contaba, como si hubiera estado presente en aquellas fiestas en que salían los gladiadores semidesnudos cómo los ahorcaban y les pegaban. Ella sabía muchísimas cosas, y yo estaba ahí con la boca abierta oyendo todo lo que me contaba. Luego hablaba de unos rituales amorosos entre los romanos que había en ciertas fases del año, muy cerca también de la ciudad de Roma, pero ya en las afueras. Hablaba de una diosa antigua, y luego conocía todas las iglesias, sabía que había cuatro o cinco iglesias en el mismo terreno, en el mismo lugar pero en diferente piso, una sobre otra como aquí las pirámides, y la última siempre era de una religión antiquísima, adoraban un becerro o una vaca.

(AC) Sí, era la antigua religión mitraica, dedicada al Dios-Toro: Mitra.

(JS) Sí, era la antigua religión, ahí estaban las estatuas y en cada piso había frescos. Y ella sabía todo. Yo no se cómo tenía tiempo para todo eso y para escribir y para ocuparse de su hermana. Ellas tenían un cuarto muy bonito, grande, en la Plaza del Popolo. Piazza del Popolo, arriba de un café muy famoso. Había dos cafés en ese lugar, uno el elegante, el decente, y luego había otro que era el indecente. Yo tenía más ganas de ir al otro (risas). Ahí en ese café, María, cuando todo el mundo gritaba, hablaba con una voz cada vez más baja, cada vez más suave, y tú te ibas agachando y te ibas agachando hasta que te caías de la silla (risas).

(AC) Por lo que ha ella escrito de ti, se ve que ella te quería muchísimo; ha escrito tres o cuatro veces, o más, sobre Juan Soriano y admira mucho lo poco que tú has escrito y lo mucho que has pintado.

(JS) María estaba muy contenta de haber conocido a alguien como yo. Yo decía todo lo que pensaba, porque en realidad no pensaba; era más bien como una máquina, ¿no? Esto a ella la fascinaba. Cuando iban con ella intelectuales, sacaba unos rollos y unos discursos que resultaban muy convencionales.

(AC) La debes haber divertido mucho también.

(JS) Nunca se enojó conmigo.

(AC) Ella podía enojarse con las personas.

(JS) Con Diego de Mesa le dijo hasta de lo que se iba a morir.

(AC) El último desencuentro famoso es con José Ángel Valente...

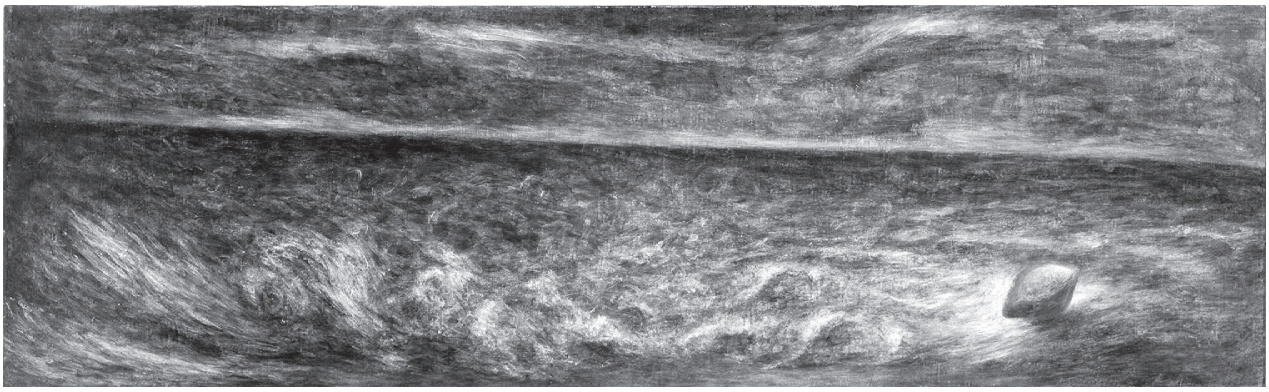
(JS) Y Valente era casi un ángel, una persona buenísima, pero....

(AC) Fue su discípulo durante años y años...

(JS) La quería muchísimo, pero ella era muy susceptible.

(AC) Leyendo sus cosas, me digo: Juan Soriano realmente debió haber despertado en ella mucha simpatía por su persona y por su obra, ambas cosas; o sea, una persona es el Juan Soriano que tenemos aquí y habla de María Zambrano y otra es el pintor al que ella admiraba y sobre cuya obra escribió varios textos.

(JS) Yo me sentí muy mal cuando insultó a Diego de Mesa de esa manera tan violenta. Diego de Mesa era muy susceptible y muy insultable (risas). Había hecho de su vida una cosa espantosa, estúpida e inútil, y ya no pudo echar marcha atrás, murió. Estaba con figura humana todavía y



de repente, como en un año, se volvió un viejito, con una barba hasta acá, y estaba en el hospital y recibía visitas en el hospital, le hablabas y él no podía hablar.

(AC) Los textos que escribió María sobre ti, ¿fueron para exposiciones, fueron para catálogos, hay tres o cuatro, no?

(JS) Ella escribió varias cosas pero no me acuerdo para qué. No me acuerdo, pero debo tener los borradores y todo lo demás.

(AC) Sí, porque yo tengo este libro, *Lugares de la pintura,* donde vienen varios textos aquí sobre ti, son cuatro, pero no viene la referencia del lugar o la ocasión para la que fueron escritos…

(JS) Voy a ver. Estoy seguro de que las cosas están aquí en la casa. Ella inventó eso de la Aurora, que es muy bonito. Nos llevamos muy bien y me escribió muchas cosas y nunca se peleó conmigo, pero yo estaba asustado porque se peleaba con todo el mundo.

(AC) En este libro tú eres de los que tienen cuatro artículos frente a otros pintores que sólo tienen uno o dos. Ella escribió mucho sobre ti, es decir, te tenía una lealtad, una fidelidad, un cariño… El tema del despertar de España, el renacimiento de la inteligencia española de algún modo lo asociaba contigo, y por ahí ella va interrogando. Ella tampoco se ponía a escribir sobre cualquiera.

(JS) Era una gente de verdad muy original, fue una persona extraordinaria.

(AC) En este libro que te doy ahora [*Fulgor de María Zambrano*] recogí algunas cosas sobre ella. En uno de esos textos hay una entrevista que yo le hice a ella sin saber que estaba siendo entrevistada porque fui por un motivo editorial a visitarla, para reeditar un libro, *Filosofía y poesía*. Le caí bien y platicamos, me recibió soberbiamente. Ya estaba muy grande, tenía ochenta y tantos años, pero me recibió con un manto de tul, muy oronda…

(JS) Muy apetitosa.

(AC) …muy apetitosa (risas). Ya estaba ella instalada en un sillón, vamos a decir que uno como éste. De un lado había unos cigarrillos con un cenicero y, del otro lado, una botella de whisky con unos vasos, la misma botella de wisky que en esa sesión se terminó. Estuvo hablando muchísimo y no hubo grabadora. Y hubo luego una segunda sesión parecida a la primera. Yo después de ahí me fui y empecé a recordar todo lo que ella había dicho y lo escribí en primera persona como si ella estuviera hablando y lo publiqué y se lo envié. Entonces me mandó, con esa letra temblorosa

de gente que ya no veía, una carta muy emotiva que tengo por ahí diciendo: "Le agradezco mucho que me haya usted entendido y que haya hecho la entrevista".

(JS) Muy bien. Viniendo de ella, de verdad. Ella no era nada fácil, era una literata muy difícil y pensaba mucho todas las cosas que hacía, ¿sabes?

(AC) No, y lo que decía. Por ejemplo, cuando ella recordó, y está en ese artículo, la primera vez que vio a Octavio Paz llegando a Madrid en el 37 o 38. Dijo: "Octavio Paz era muy apuesto, era muy hermoso, era insolentemente guapo" (risas). Pero eso me parece que no lo inventó en ese momento, ya lo traía cocinando.

(JS) Era muy original en muchas cosas.

(AC) Y muy intuitiva, muy maga. Yo creo que ella tenía algo de maga. O sea, se ponía a hablar contigo, te miraba a los ojos y todo lo que había a su alrededor desaparecía o cambiaba de signo.

(JS) No te esperabas por dónde iba. De pronto cambiaba la ruta. Iba por un lado y luego aparecía otra cosa que era lo que ella quería decir. Cuando empezó con el libro titulado *Claros del bosque*, ¡qué bien usó la expresión y el concepto y qué bien lo transmitió! Tenía muchos de esos aciertos en su pensamiento. Era y es un pensamiento que la alimentaba a ella pero también a los que estábamos ahí cerca. Nos daba muchas ideas y nos hacía pensar muchas cosas. Pero de una manera muy rara porque era una conversación aparentemente sin ningún propósito. Y como no era la conversación social de chismes y esas cosas, era preciosa esa relación con ella.

(AC) Ella en algún lado cuenta, no ahí pero en otra entrevista, que cuando empezó a estudiar filosofía se puso a aprender las proposiciones de la *Ética* de Spinoza de memoria, y se las repetía en latín como si fueran oraciones y eso a ella le ayudaba a pensar (risas).

(JS) ¡Qué bárbara, qué maravilla!

(AC) Y otra cosa que también anda por ahí, es que ella lega a la filosofía como un premio de consolación porque yo creo que ella quería ser santa, ella quería otra cosa. O sea, la filosofía le parecía como un premio de consolación, un consuelo a falta de otra cosa...

(JS) Un peldaño para apoyarse y luego seguir en otro rollo.

(AC) Eso le dio a su propio pensamiento una altura indescriptible, una imaginación de un vuelo impresionante.

(JS) Un día María Zambrano se nos presentó elegantísima. Todo nuevo, los zapatos, el vestido, estaba peinada maravillosamente y todo lo demás. Entonces nos dijo: "Tengo un cuarto en el hotel, alquilé un cuarto, ya no voy a vivir en la plaza y los invito a comer, estoy en tal piso y voy a vivir ahí una temporada porque me dieron un dinero y lo quiero gastar todo" (risas). Entonces en ese hotel muy bonito que está arriba de la plaza de España, que es un hotel muy viejo, antiguo, se alquiló un cuarto en la parte más cara para vivir ahí una temporada, y nos dijo: "Por fin voy a vivir como señora, aunque sólo sea un corta temporada" (risas). Me encantó. Fuimos, nos invitaba y nos daba de comer espléndidamente y conversaba maravillosamente. Y estaba muy contenta y escribió no

sé cuántas cosas. Así que se dio el lujo de darse unas vacaciones de todo.

(AC) Ya en Madrid, donde la conocí ya de grande, había siempre una cola de jóvenes y de viejitos, o sea no era tan fácil llegar porque ella tenía gente y gente y gente que llegaba a decirle quién sabe cuántas cosas.

(JS) Y cuando el rey la conoció, ¿no te contaron todas las anécdotas y todo lo demás? Se puso a coquetear con el rey. Y él acabó diciendo: "¡Qué lástima que nos conocimos un poco tarde!" (risas). Estaba divertidísima de que le quería volar el rey a la reina (risas). Yo estaba en Madrid y supe que iban a ir los reyes a su casa porque ella no se sentía bien, María, y se quedó en su casa y los invitó a que fueran ahí y fueron. Entonces se hizo un traje blanco y estaba tirada en un *chaise longue*, muy guapa. Todo transcurrió en una atmósfera que decía en forma cifrada algo así como "quizá podríamos haber tenido una aventura bastante divertida" (risas).

(Marie) ¿Y qué dijo la reina?

(JS) La reina estaba divertidísima.

(AC) Claro, por supuesto.

(JS) Dijo: "¡Ojalá y me lo vuele!" (risas). Todo esto lo cuenta muy bien José Miguel Ullán. ¿Tú conoces a Ullán?

(AC) Sí, claro, claro.

(JS) Pues, un día que lo veas que te cuente todo esto porque él sabe todas las palabras que usó y todo lo que dijo. Fue muy divertido.

(AC) No, ella tenía también muchos amigos por ahí: Fernando Savater, Jesús Moreno, Rogelio Blanco, toda una corte... Después desconfiaba de las personas que le iban a enseñar estudios sobre su obra y decía: "Éstos nomás me vienen a visitar para que yo les escriba sus tesis (risas), y les doy tres ideas y entonces ya escriben con esas tres ideas sus tesis, así que a ese señor o a esa señora, ¡no lo quiero ver!" (risas).

(JS) Luego durante mucho tiempo María andaba sola en Roma, caminando por las calles sola. A mí me daba miedo porque no veía bien y la podía atropellar un coche o una bicicleta, pero no quería que la acompañaran, quería estar sola. Entonces la veías caminando, caminando con una mirada muy especial. La historia de la hermana es terrible, unas historias tremendas, y es que fue una temporada terrible para los españoles.

(AC) Se las vieron negras de manera real y objetiva. En ese momento en que la guerra acababa

de terminar. Cuando ella entrega el manuscrito de *El hombre y lo divino* al Fondo de Cultura, en realidad ella lo entrega para sacar unos centavos. Originalmente, creo, que el libro se lo había pedido Albert Camus para Gallimard, y como ya se había muerto, ya no hubo publicación francesa. Entonces se lo dio a quien pudo de sus amigos españoles para que se publicara en el Fondo. Creo que eso fue en el 58.

(JS) Yo tengo ese libro en italiano. También lo publicaron en Italia.

(AC) Ella tiene mucho público en Italia. En parte porque vivió en Italia, en parte porque también hay algo medio pagano en ella que responde a la sensibilidad de ellos...

(JS) Es muy fuerte y ella lo describe muy bien cuando habla de eso... Lo hace muy bien. Habla de algunos santuarios, de algunos rituales... Sí, María tiene algo de hechicera, pero sin escoba (risas).

(AC) Yo me la imagino como a la Sibila de Cumas. A las sibilas las colgaban en una jaula y las mareaban, y una vez que ya estaban bien mareadas decían lo que iba a pasar, profetizaban. Yo me imagino que María Zambrano realmente está en una jaula diciendo lo que va a pasar y nadie le hace caso.

(JS) La gente cree que no es verdad lo que ella está diciendo. Es algo increíble. Y de pronto se queda callada y dice: "Sabes que vi no sé qué, quién sabe qué, quién sabe qué", y empieza a contarte unas cosas que te impresionan mucho. Y luego está el héroe al que ella admira mucho y que vuelve obsesivamente como una presencia buena, positiva para ella. Es el recuerdo del padre. Es muy fuerte en ella, pero es muy bonito, es un recuerdo azul. Lo adoraba.

(AC) Y en cambio la mamá no aparece demasiado. Yo creo que el papá la alentaba a que fuera santa. Ella quería ser santa.

(JS) ¿Que hiciera milagros? (risas).

(AC) Creo que le hubiera gustado eso.

(AC) ¿Y las cartas con María?

(JS) Esas cosas que ella me escribió y me mandó están llenas de muchas cosas, porque no era nada más que quería platicar conmigo sino que también ella se desahogaba ahí, porque yo era algo así como un ente sin sexo, sin edad, era una especie de gnomo...

(AC) Lo sigues siendo (risas).

(JS) ...Entonces eso ella lo tomaba muy en cuenta. Tenía la confianza conmigo de que podía hacer todas las cosas más absurdas, más impensables, todos los corajes más horribles que hacía, porque era muy violenta cuando se enojaba y te condenaba al infierno. Pero luego era muy generosa también, se daba cuenta de que había exagerado y entonces..., sí, porque era una real hembra, como se decía ella. Estaba llena de una carga eléctrica. Era muy fuerte.

(AC) Bueno, eso que dices quiere decir que sí, que tenía algo de hechicera.

(JS) Y que no decía mentiras nunca, eso es muy difícil y admirable.

(AC) O muy terrible...

(JS) No sé. Era muy impresionante ese carácter de ella.

(AC) Aquí en México le tenían miedo, por eso la mandan a Michoacán.

(JS) Sí, les daba miedo. Parecía que te leía el pensamiento y, como en los pensamientos, uno es siempre bastante malo... (risas).

(AC) Mucha gente, vamos a decir acostumbrada al teatro humano, como puede ser Alfonso Reyes, le tenía respeto y un poco de miedo. Ella escribe un artículo sobre la relación entre Goethe y Alfonso Reyes para decirle a éste que se está equivocando porque él cree que se puede, en arte y en religión, nadar y guardar la ropa.

(JS) Eso está buenísimo, ¿no?

(AC) Pero en arte y en religión no se puede nadar y guardar la ropa.

(JS) Y ella tenía toda la razón.

(AC) Pero se lo dice con una gran fineza a lo largo de diez, doce cuartillas, etc., pero se lo dice.

(JS) Había siempre en Alfonso Reyes, para mí, la sensación de que algo le faltaba, algo, ¿cómo te diré?, una suerte de renuncia o amargura.

(AC) ¿Sí?

(JS) Él nunca renunció al amor del padre, este amor tan lleno de amargura porque el padre murió de una muerte trágica...

(AC) Bochornosa.

(JS) ...y bochornosa.

(AC) Bernardo Reyes se murió dos veces, porque él en 1913 cae en el zócalo en una conspiración contra Madero, entonces cae físicamente por el balazo de la metralla pero también cae el ídolo del pedestal en el que se había erigido él mismo...

(JS) Pero que no cumplió....

(AC) ...que no cumplió al no haber asumido su responsabilidad como político...

(JS) Y Alfonso Reyes no vuelve a México en años.

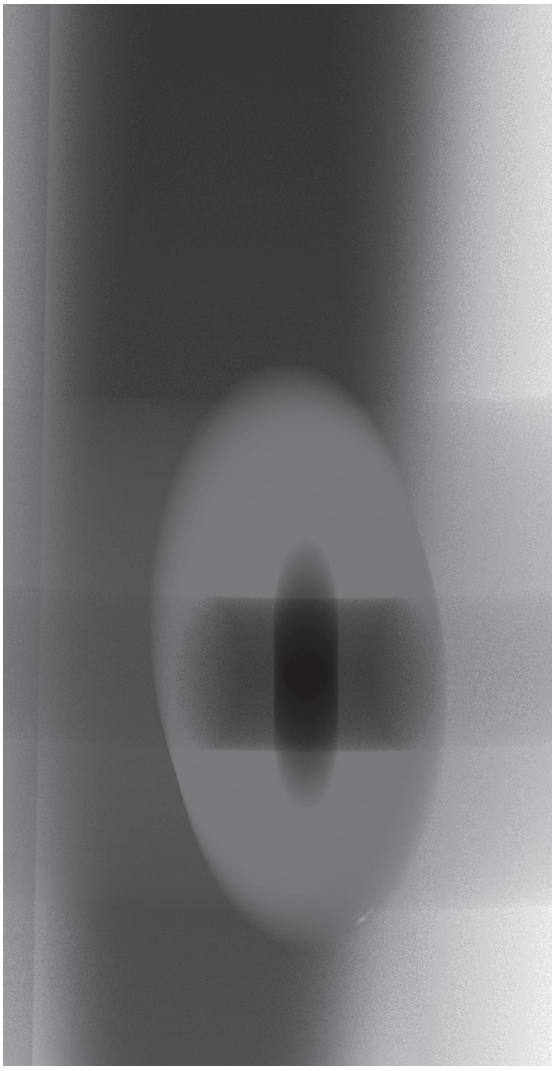
(AC) Alfonso Reyes lleva esa carga de la muerte bochornosa, de una segunda muerte que lo mareaba y le impedía ser. Tienes razón en que en esa devoción por el padre hay un resabio de amargura... Eso no lo había yo pensado nunca...

(JS) Es terrible, ¿no? Sí, eso es algo que sentí con Alfonso Reyes inmediatamente. Esta sensación de algo roto... Hay veces en que el amor a una persona tan cercana como es el padre tiene como algo raro, algo que no va, o algo que no le has perdonado al padre o algo que no has entendido del padre o de la vida. Eso es muy raro. Pero yo hasta ahorita no me he encontrado esas cosas porque he sido siempre como soy, no tengo ningún resentimiento. Yo no nací con ningún propósito. Nunca quise ser pintor, nunca quise ser guapo, nunca quise ser bohemio... (risas), nunca quise ser comprensivo, nunca quise nada. Iba queriendo lo que me hacía sentir bien. Y no me gusta, cada vez que me quieren fabricar como un personaje que yo soy así o asado, me siento incómodo.

(AC) María Zambrano hubiera dicho que naciste por añadidura, es decir, que lo que tienes viene como de pilón y de propina...

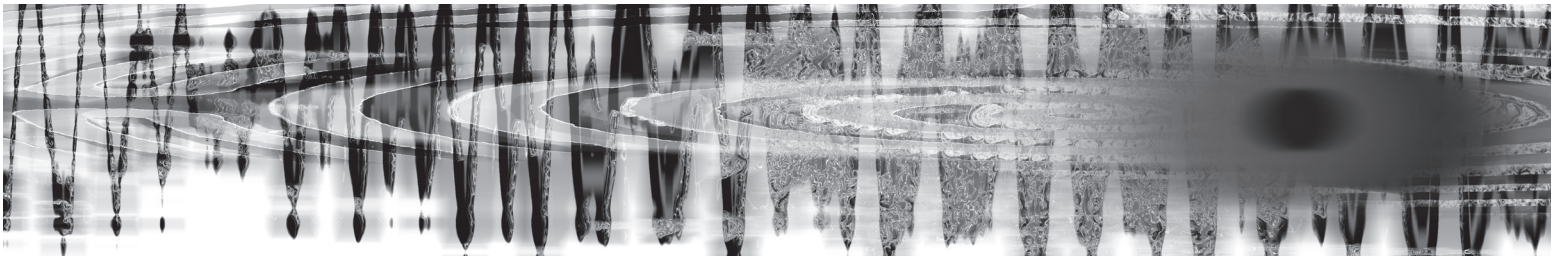
María Zambrano alguna vez escribió sobre Teotihuacán a propósito de un libro de Laurette Sejourné sobre ese sitio. Ahí explica Laurette Sejourné que los aztecas, los prehispánicos, destruían cada 52 años su cultura, su civilización, todo, todo, todo, porque en realidad el valor principal del ser humano no está en los objetos que produce sino en el hecho de producirlos. O sea, tu riqueza no es el libro que ya sacaste o el cuadro o el poema que ya hiciste, sino eso que en el momento en que estás haciéndolo te da la posibilidad de hacerlo. Entonces a lo mejor si guardas los cuadros como que te encariñas con una imagen de ti mismo y no te enriqueces con tu propia riqueza, con tu propia espontaneidad y con tu propia creatividad.

(JS) Mira, nacer y vivir es algo tan maravilloso que constantemente está uno rectificando las cosas que le pasan de cómo las juzga uno de mal, porque son cosas tan maravillosas, inesperadas, que te llegan, y te dices: "Pero qué bueno que me llegó esto". Hay que sentir todo esto, pero las cosas no tienen ningún propósito, no es para irte al cielo ni para ser una figura, nada. Es tu vida, tuya y punto. Y a mí, fíjate, me pasa mucho que veo así entrar a una persona y digo: "¡Qué barbaridad, qué mal me cae!" ¿Por qué será? Y pasa un poco de tiempo y luego..., porque esa persona está mal, porque tiene algo mal, porque tiene algo como equivocado o algo que no es verdadero, que te está dando gato por liebre al darte la mano, y que es una persona como inmadura, que está esperando muchas cosas de la vida. Entonces me dicen los amigos que me conocen un poco más: oye, ¿por qué eres siempre como muy frío con fulana o con fulano? Digo: ¡Ah, sí!, pues no me doy cuenta. De veras no me doy cuenta, pero como que la persona no me interesa, no me atrae. Y luego hay mucha gente, así muy famosa, con mucho prestigio como pintor, como escritor, tiene a veces cosas como muy banales que fastidian todas las cosas buenas que tiene esa persona. Porque no sé, como que las usa mal o las exhibe demasiado, o las trata de disminuir. No sé, algo pasa ahí..., bueno, no están contentos con lo que tienen. Pero como uno cambia, a lo mejor la próxima vez que vengan les digo lo contrario (risas).



Fiesta de Violetas

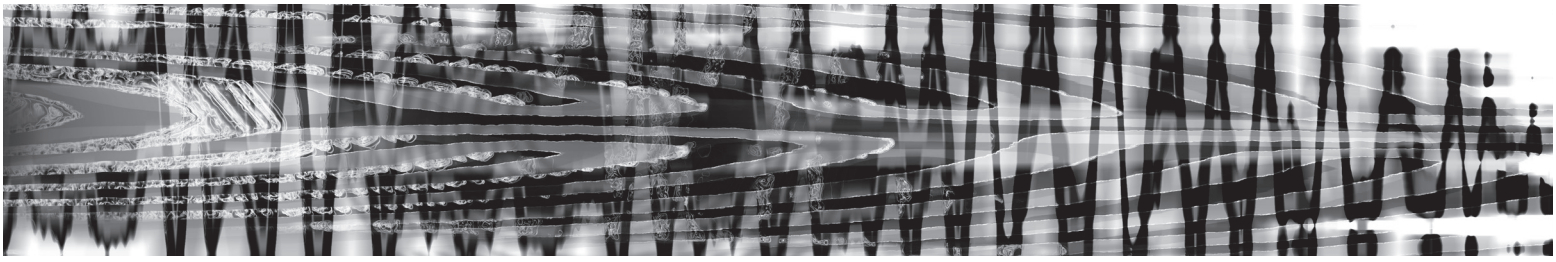
Ana Clavel



Entre los dos, ella era la más inocente. Al principio, los fines de semana en que salía del internado, ella y yo jugábamos a veces, a solas. En ausencia de Helena podíamos permitirnos romper algunas reglas sin preocuparnos demasiado por las consecuencias, como la vez en que Violeta decidió comer en el piso de la cocina, bajo la mesa del antecomedor y desde ahí invitarme a una guerra declarada de guisantes —al fin y al cabo, digna princesa—, transformadas las sillas caídas en repentinos puestos de combate. Entonces, su postura pecho a tierra, muy serias las desnudas piernas por obra y gracia de unos shorts que cada día encogían más y luego esas mismas piernas puestas a sonreír en un balanceo dulce y acompasado toda vez que la estratega en jefe hacía blancos en mi cara embobada.

O la vez que les organizó una fiesta de no-cumpleaños a sus muñecas y que en realidad resultó ser una especie de despedida. En aquella ocasión, además de la veintena de muñecas de su colección —todas antiguas e inofensivas Violetas— que de pronto se hallaban diseminadas por los muebles de la sala, fui el único varón invitado a la ceremonia. Mientras Violeta subía a su recámara y nos dejaba solos, era extraño aguardar junto a ellas, a las que conocía desde antes de su nacimiento en los moldes, de quienes en cierta medida era yo su progenitor, y presentir ahora su naturaleza inquietante y silenciosa. Sentadas a mi alrededor, los brazos y piernas abiertos no sé si reclamando una suerte de abrazo total o encarnando un estado de gracia fulminante y dispuesto, eran también pequeñas esfinges del destino cuyos labios inmóviles parecían murmurar: “Sabemos mucho mejor que tú mismo lo que estás pensando detrás…” Recuerdo que al oír estas palabras me intimidé y me volví hacia adentro, pero sólo descubrí las habitaciones de una fortaleza vacía. Cuando volví a asomarme, Violeta estaba ya frente a nosotros y su sonrisa al descubrirme ensimismado fue un puente de luz. El puente conducía a un bosque encantado, ahí donde Violeta había vuelto a ser

un hada. No repararía sino hasta segundos después en que se había disfrazado con el traje del último festival escolar y que por supuesto, tras los meses transcurridos, apenas le quedaba —o le quedaba maravillosamente pues sus formas tenues



se insinuaban así un poco mejor. Tenía en mente darnos una pequeña función, pero, acostumbrada a que su madre la ayudara, no había sabido cómo maquillarse los párpados. Así que bajó con el estuche de pinturas de Helena en una mano y en la otra la señal inequívoca para que me acercara. Yo me paralicé aunque adentro mi pequeño Tántalo se revolvía feliz en sus aguas. El hada me miró entonces con tristeza y murmuró: "¿Es que no vas a ayudarme?", y su voz era el eco manso de una indefensión total. Había también gotas de rocío a punto de desbordar su mirada y mi niña frutal me pareció absolutamente irrenunciable. Apenas si pude asentir con un movimiento de cabeza. Entonces una Violeta altiva dio un par de zancadas y de un brinco delicioso se asentó de un golpe en mis muslos. Comencé a maquillarla temblando de excitación. Debió de confundir el trote involuntario de mi pierna derecha porque con los ojos cerrados y la boca apuntando ligeramente hacia arriba mientras se dejaba acariciar por el pincel, musitó: "Hace mucho que no me haces caballito". Por toda respuesta, aparté el pincel y comencé un trote ligero que en cada brinco me ponía en contacto con el calor mullido de su entrepierna. Violeta me pasó las manos por la nuca y comenzó a reír como si gorjeara, feliz porque había reconocido de nuevo ese paraíso del cuerpo en el que no existe otra cosa que el gozo de ese cuerpo y su pureza instintiva. Aceleré el trote al tiempo que descubría un rastro de sudor que le perlaba esa zona delicada y sensible, cuyo nombre desconozco a la fecha, y que dispuesta entre la nariz y los labios, al excitarse es el botón erecto de una flor a punto de prodigarse. Y sí, con toda la pureza de que Violeta era capaz, estaba absolutamente, inmaculadamente excitada. La vislumbré como la imagen total de mis deseos, la parte que por fin me hacía falta: frágil pero vigorosa, dulce pero con esa vulnerabilidad altiva que pedía a gritos ser dominada. Y ahí estaba entre mis piernas, erguida e indefensa, haciéndome sentir lo poderoso que por fin era, lo completo que al fin estaba. Y sin necesidad de tocarla. Fascinado con la sola idea de saberla. Para ese momento, los dos reíamos pero ya el dolor y el esfuerzo amenazaban con acalambrarme y el gozo del hada era también demasiado, y nuestras risas sin sonido se convertían en la señal amenazante de que el galope se adelantaba al precipicio. Entonces Violeta me detuvo, su mano jaló la rienda de un golpe, y en

medio de un suspiro suplicó desfalleciente: “Ya no más, papá”.

En el sillón habían quedado el estuche de maquillaje y los pinceles desperdigados a los pies de las muñecas que ahora sonreían victoriosas. Violeta alzó un pincel y un cuadrito de maquillaje cremoso que se había salido de su sitio pero no me los entregó para que terminara mi labor con ella. En vez de eso, blandió el pincel sobre mi rostro y ensayó su colorido tornasol sobre mis párpados perplejos y luego sobre mis labios entumecidos. Violeta reía gozosa con los resultados. Me dejé hacer lo que quiso. Fue como si me hubieran alzado en el vacío y todo, el golpe de mi sangre, los sueños que llevo atorados en las rodillas, la furia que yergue mi columna, todo hubiera quedado igualmente suspendido. Entonces el hada se alejó unos pasos para contemplar su obra reciente. Su mirada fue otro gorjeo cuando, al verme inmóvil junto a sus muñecas, exclamó emocionada: “Ahora eres una de nosotras. Ahora eres otra Violeta”. Asentí. A ese grado le pertenecía. “Ahora sí, vamos a empezar la fiesta”, dijo y me tomó de la mano.

Celebración del mar de Arecibo

David Cortes

Infinito

sin mí
atraviesas paisajes de mi infancia
a la orilla de estas costas
que vuelven para encontrarme
en las constelaciones que celebra tu oleaje
soy el extranjero cuando la nieve gira sobre los árboles
soy el que alcanza los pájaros que arrojan sus cánticos
en el horizonte del mar de mi pueblo
soy el que llega cuando la vida y el amor se estremecen
dime quién soy bajo este cielo extraño
cuando danzas y desfalleces sobre mi cuerpo
si digo te amo no regresas
si digo tu nombre susurras en el viento
Mar detente un instante
y mira mi desnudez cuando estalla la belleza
sin un lirio sin una golondrina sobre tus costas
cruje mi alma sin nada que ofrecerte
por un instante pensé celebrar tu presencia
ola o relámpago que me lleva en el tiempo.

Parranda

Rafael Courtoisie

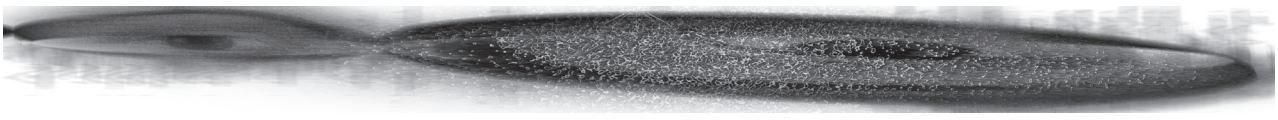
Una música sin aire sostiene las columnas de Umbría.

En las mansiones siniestras la fiesta se prolonga hasta bien entrado el día. En las mansiones diestras una gota de sombra estira hacia el interior de los cuerpos la ilusión de la noche. Se bebe en copas de sangre un vino espeso, en otras partes se escancia una bebida parda cuyas perlas estallan al tocar el paladar.

En algunas fiestas de Umbría un olor a albahaca invade los manjares, como una mano verde y luminosa, como la mano de Dios extendida suavemente sobre las harinas, sobre los copos de carne de silencio. En otras se sirve un faisán imaginario, envuelto en láminas translúcidas y puesto unos minutos en las cámaras candentes de un horno que crepita sobre las alas disecadas, como una boca mórbida y aséptica.

Los niños danzan.

Las mujeres han preparado las mesas como altares. Gestos jocundos, algo en las bocas, anuncian que vendrá el día y con el día la hora. Cabelleras teñidas y rizadas, afeites diversos, pendientes y baratijas de latón que imita el oro. Los hombres han comprado ánforas y botellas de líquido ambarino que almacenan en los sitios oscuros de la casa. En esas bodegas improvisadas escurre la frescura como una serpiente blanda, la panza inexplicable de escamas humorosas roza las etiquetas negras y blancas dejando un vaho sutil y perezoso, que después se trasmitirá a los bebedores y hará lentos los pasos, llenará todos sus ges-



tos, y hasta sus pensamientos, de una cadencia de habitante del jurásico. La torpeza se notará luego en las calles, al andar y besar. Solamente después de mucho rato la borrachera escapará lentamente en el aliento, como un ánima.

Toda Umbría es un arrabal sin centro, una perdida Atlántida en donde las olas de la superficie ocultan el quehacer de las profundidades, el ajetreo del Continente Perdido.

La fiesta durará horas. En los árboles de plástico se encienden luces de colores. En algunos árboles de la calle crecen frutos de vidrio, eléctricos, que se encienden y apagan a golpes de corriente. Hay estruendo. Los perros de Umbría buscan refugio para protegerse del bombardeo, de la guerra no declarada. En el aire estalla el artificio. El olor a pólvora, sobre el filo de la medianoche, impregnará las memorias y los sueños.

Sólo una oportuna lluvia redimiría a Umbría de la Hecatombe, del sacrificio de mil corderos y mil cerdos, del ofertorio de cabezas de ternero cuyos cuerpos se disponen sobre brasas. Sólo una oportuna lluvia evitaría ese sonido hecho de hebras gruesas, ese sonido de tiempo acumulado, de fecha soltada de golpe como una yegua joven sin domar. Sólo una oportuna lluvia mitigaría en algo el sonido de sus cascos duros, retumbando con brío sobre los tiempos inmóviles.

La fiesta crece en medio de una tormenta de saludos. La fiesta esplende y se contrae. Es un velo y cubre gestos y cosas, es un aire y se respira. Es un manjar, es una bebida. Se bebe y mastica. Se dice y desdice.

La opulencia, como un animal marino inverosímil, asoma la cabeza y se sumerge.

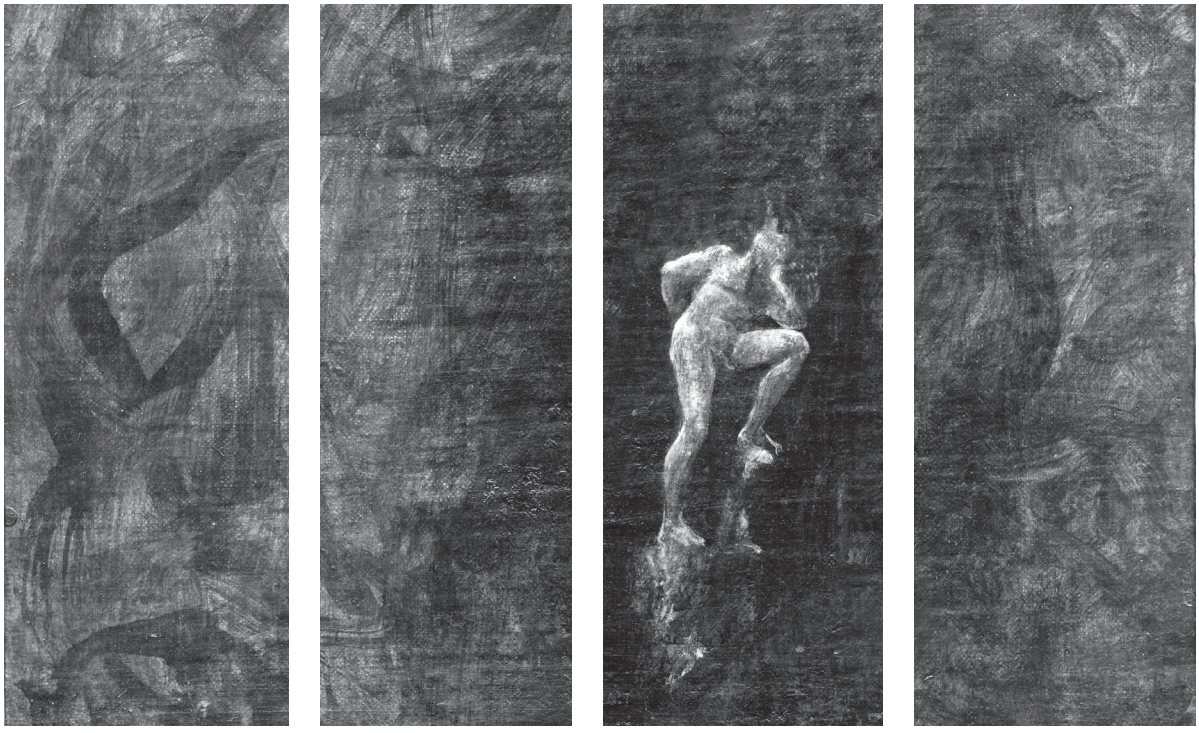
Jueves

Antonio Deltoro

a los amigos del jueves

El jueves amanece a la misma hora que todos los días y mucho más abierto.
Es tan generoso conmigo que me entra en la mano caluroso y preciso como una pelota de [esponja.
Discreto, como esas cosas que por fuera son nada, a veces amanece nublado
como si el miércoles no lo anunciara con sus gritos agudos.
Es tan grave, sin duda, que sirve a la sorpresa caminando tranquilo por las noches del viernes.
Se come a gajos como una mandarina y por las tardes sabe como una manzana.
En todos los jueves está presente el jueves, aun hoy que es martes está presente el jueves.
Se puede caminar los jueves como Cristo en las aguas del lago Tiberiades
e ir sin pisar jamás ni lunes ni domingo derechito hasta el jueves.
Sus mañanas están pobladas de aceras, de calles, de periódicos,
hay gente que las vive miércoles y hay gente que las vive viernes,
yo las vivo jueves como un viaje intensísimo y largo o como un sueño que no quiere acabar.
Apenas son las doce y ya he conocido mujeres que me han llevado al entusiasmo,
la pelota ha golpeado la pared, me ha llenado de vejez un anciano.
Los jueves el tiempo se detiene, surgen la poesía y los amigos,
es un día de piernas fuertes y de mirada serena en donde por las noches transcurren muchas vidas.
Abandono el volante y me voy a volar, es jueves en el tiempo del mundo,
es jueves en este acantilado sobre esta playa tenue,
es jueves hoy por la mañana, es jueves en los labios del jueves.

En el viaducto blancas paredes conducen al auto por la noche,
todo tiempo es jueves e ntre un puente y otro hacia la casa.
El árbol de los jueves es ancho como el tiempo de los jueves,
los pájaros cubren sus elevadas ramas y surcan el espacio:
el cielo de los jueves es un archipiélago de islas alargadas.
Trepar a las primeras ramas de ese árbol es mirar de cerca la distancia, montar en el asombro,
saber que si un jueves es un tigre, el otro puede ser volcán y parecerse.
De mañana, cuando el patio se abre suspendido en el juego,
cuando se entra por fin a la clase de historia,
cuando las tardes estimulan la fuga y se quedan atrás,
olvidados en el aula, los apuntes de química, entre niños estudiosos y niñas aplicadas
se prepara a lo lejos el partido nocturno.
También los jueves la gente se suicida, pero no es la misma del lunes o del sábado,
los suicidas del jueves son suicidas serenos, irrevocables,
que se hunden en las aguas del jueves para siempre.



Por consideración con mis estudiantes

Pedro Granados

Por consideración con mis estudiantes
No enseñaré más
Por compasión con ellos
No me verán más en el aula
He comido del fruto prohibido
Qué le vamos a hacer
He desflorado
Y tenido en una sola mano
La cabeza atónita
De la medusa

No soy de esta época
Excesivos han sido mis años
Son mis recuerdos
La luna cobijada como un pollito
El diablo, el pobre, no el poderoso
Apilado entre las calles
Ubicuo
Y yo escondiendo lo vivido
Lo deseado
Como una herida de muerte
No soy del presente
Cuido una flor
De cementerio
Y peino las canas
Del poema
Y lo engomino
Porque lo necesita

Por eso es que dejo
de enseñar y dejo
mis bártulos y mis agujas
de cazar moscas al vuelo
de capturar arañas
y auscultar mi corazón
de mercurio mi alma
de éter insoluble
a este aire nuestro

Y estas sabidurías
ociosas y como extravagantes
y también inútiles
o poco prácticas
e inaplicables
y dolorosas y demasiado henchidas
e invariablemente ocultas

Freaksis (fragmentos)

Mayra Inzunza

Quiero bailar sobre la tumba de mi padre. Volcar ajenjo donde florecen sus restos. Entonces reiré mostrando mi áureo incisivo, he de carcajearme hasta el alarido. Con las cenizas de papá deseo ungir un zoroastro en la nuca de mi amante desnudo. Qué visión será la curva.

Sobre esta lápida doy vueltas, me ovillo tipo uroboro, giro sobre mí misma cual hélice aminolisérgica, cual ubicuo electrón. Soy proteica y elusiva como buena esquizoide aficionada a la errancia geográfica y a la tecnología portátil. Me asumo tan viral cuan nómada. No vulgarmente etérea, ni siquiera volátil sino más bien espectral, fantasmagórica: forcluida. La encarnación de un espíritu caníbal que alguna vez salió del clóset vegetariano gracias a unos tacos al pastor y ahora pierde el apetito cuando no detecta en el menú toxinas, echa de menos los irritantes.

Escribo en esa tinta blanca que es la leche materna mientras de vez en vez acaricio el símbolo de peligro químico escarificado en mi escote.

Pero decía —estoy en blanco. Es sobre esa lápida paterna que habré de girar hasta embriagarme como niño con sobredosis de azúcar, hasta atisbar estrellas que titilan y que gracias al mareo imaginamos elefantes rosados y, ya dando vueltas de tuercas y tornillos, los hacemos volar. Luces mercuriales que en realidad son los fosfenos percibidos cuando entrevemos un sol de medianoche tras los párpados, me preguntaré, ¿será el sol una carita feliz color lima?

Hay quienes cuentan ovejas mas yo numero paquidermos que, en la duermevela, vuelan juntos a su cementerio diurno. Dios, añoro nadar sobre un elefante casi tanto como ver cisnes en el mar y catarinas en la arena escandinavos. Extraño un padre que nunca tuve mas cuya imagen se me aparece al vaciar botellas que lanzo como mensajes al mar, anónimos cual notas de supermercado. Mientras arrojo al fuego este amanecer recuerdos de lo inexistente a ver si estallan en un rocío de ectoplasma me confieso una suerte de terrorista poético: grafiteo aforismos, irrumpo en hogares

temporalmente vacíos para colgar versos, secuestraré algún melancólico atacado por la bilis negra con miras a provocarle no náuseas existenciales, sino con miras a inyectarle péptidos del amor.

Llámame Zingarona, abandérame con una Jollie Roger, lánzate como en bunggie sin cuerda a un miocardio tan arrítmico cuan azaroso empezando por deslindarte de lo pineal, cartesiano origen de la conciencia. Tras tantas hiancias y aporías, nada como autorrecetarnos al Dr. Freud.

*

Mi problema no reside en construir castillos en el aire, mas habitarlos hasta desear convertir esa lápida de paterna a parentética, hacer de la misma un sementerio. Jugaré a tirar monedas en su boca abierta dado el rigor mortis, mientras he de pensar que a mí no me queda grande la vida como a otros, a quienes más bien les vienen chicos los calcetines. No, en mi caso la razón es la sirvienta de mi imaginación, por eso habita en la azotea.

Aunque no siempre fue así. Como quien dice, éramos muchos y parió la abuela. Yo quise ahorcarme con el cordón umbilical pero un ginecólogo, de esos que gustan de anudar a la marinera trompas falopianas siempre y cuando hayan producido más de un retoño como si fueran best-sellers, tuvo a bien en descolgarme cual oruga encapullada palmeándome enseguida el trasero. Desde aquel entonces me gustan los deportes extremos, como lanzarme en bunggie sin cuerda o, lo que es lo mismo, oxidarme en una vida que no acaba aún haciéndonos carnitas gracias al recalentamiento.

Mi cítrica pantalla reverbera hasta dejarme viendo solecillos como sonrientes mininos de Cheshire, parpadea, ¿intentará abducirme? ¿Será eso el sexto zentido, que le llaman?

*

Y es que mi tuétano se derrite de lo caliente que me pones. Estoy hecha jugo, soy un cítrico exprimido, que suda mar hasta sentir la salazón de un cabo beliceño. Cataratas. Me siento en la garganta de un diablo que saliva desde Iguazú, entre medusas como bolas de cristal que más tarde serán chispas de luz mercurial bordeando la carretera; igual titilan todas como esas centellas satelitales que comunican móviles y flashes. Serán pararrayos de dios o electros de presión a la baja, paroxismo o desmayo.

*

Quiero ser tu conejillo del hamakasutra. Regaliz de serotonina, plato de leche condensada para hacerte ronronear. Soy tu freaksister.

Poema

Raquel Jodorowsky

Larva voluminosa es el tiempo
en la noche americana
Brazo largo es el pasado
Brazo corto
es el presente.
Una aguja de polvo mago
junta en uno
los dos tiempos.

y en esta región
de ángeles en guerra
en este ejército de poetas
que llamaron al océano
"orilla celeste
del agua divina"
que tallaron a besos
los gigantes de piedra
Yo levanto una copa
de amor correspondido
y hago Salud a la VIDA
del Presente
aquí en esta América
duro puño de lava abotagada
sello de plata
en el ombligo del mundo.

La celebración

José Kozer

Ese día se acostumbra subir la montaña, al llegar se gira
el cuerpo a Poniente, se bebe
un vaso de agua, tras guardar
la cantimplora en la mochila,
sentarse en la postura del loto,
vino de crisantemo, unas gotas
al suelo, y a libar.

Una vez al año recordar el desprendimiento de la madre
(siempre daba su brazo a
torcer) las larguezas del
padre (aquí mando yo)
plenitud de la muerte el
nueve de septiembre,
seguir chupando vino de
crisantemo: un solo
movimiento del cuerpo,
extender el brazo derecho,
coger la taza sin asas,
alzarla, a la boca, colocarla
en su sitio, medio vaso de
agua.

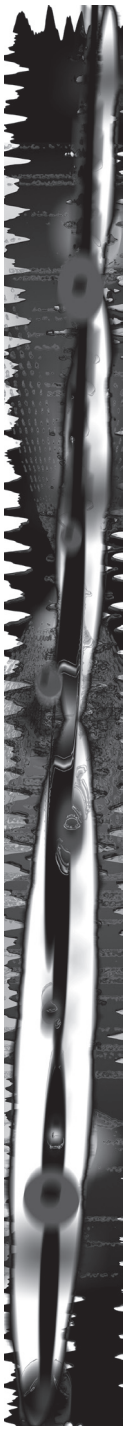
Dos horas después orinar.

La yegua mea lento y pausado desde su flacidez.

No se puede dilucidar el sentido de la Muerte, apenas se
puede dilucidar nada, a
quién rayos se le ocurrió,
por ejemplo, hacer del
crisantemo un emblema,
ya no recuerda de qué:
¿longevidad? Bastante
relativo vivir cuatro días
más que la avispa, cuatro
menos que la galápago o
que Dios.

Sordo, malhumorado, en buena medida destituido, compone
sus últimos cuartetos,
imposible medir el
tamaño de su tristeza,
el anciano en la cima
tras la tercera taza de
vino lo corrobora en
carne propia: el festival
se celebra en todo el país,
a esta cima no sube nadie,
un halcón, unos buitres,
la herriza, unas gotas de
vino (orine) harán nacer
quimeras.

Saca a Buda de la mochila, le quita el polvo del camino, una pella



de barro seco en un pliegue de
la túnica, incienso (está en
forma: no olvidó la fosforera)
farfulla la consuetudinaria
plegaria, lo oiga o no Dios
no viene al caso: entre el vino,
las necesidades resueltas, el
ritmo de la oración reiterativa
(cuenta abalorios sin tener que
recurrir al rosario entre los
dedos) la mente se ha vaciado:
del ritmo: los abalorios: el
contenido de la mochila: la
propia mente (y la no mente):
vacío contempla al halcón
abalanzarse sobre su propia
sombra rasando la herriza,
tres buitres hieráticos
vaciados de su condición,
en el último corpúsculo del
Vacío (llama azul indolora)
reconoce su propia figura
subiendo por la ladera,
mochila, taza, vaso, un
ramo de crisantemos
blancos y amarillos, pira,
urna, contenido a los cuatro
vientos, no alcanzó a salir de
su vivienda (barreño brasero
artesa) aquel nueve septiembre.

En memoria de Alicia

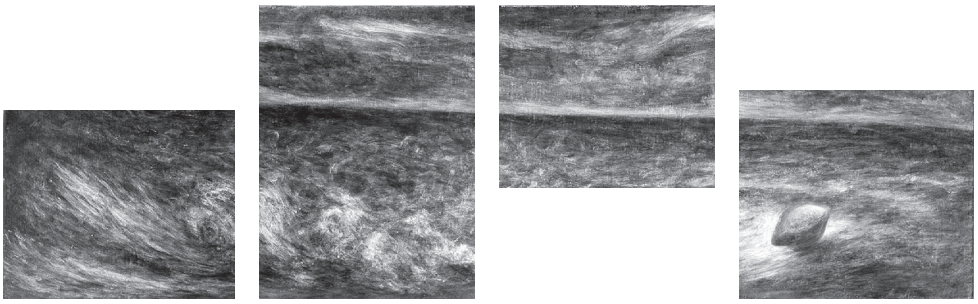
Mónica Lavín

Leer *Alicia en el País de las Maravillas* de Lewis Carol de niña fue una experiencia deslumbrante. La versión que había en casa era un libro tamaño carta con hermosas ilustraciones protegidas con papel cebolla. De colores brillantes, las láminas mostraban a la oruga fumando, al gato Cheshire, al conejo con chaleco y leontina, y desde luego a esa mesa de té con el Sombrero Loco. Soñaba con tener un vestido azul como el de Alicia con un delantal blanco. Quería que me pasaran cosas como a ella. Y pensaba que el vestido, más que la lectura o la imaginación de la niña, era el que las procuraba. No deseaba encontrarme a la Reina de Corazones pero sí asistir al Feliz no cumpleaños donde la estaban pasando tan bien los invitados y donde la seguirían pasando bien todos los días. Era como haberle encontrado el reverso a la moneda. El negativo de la

realidad. Lo normal era festejarse un día del año, y el no cumpleaños por lo tanto significaba una celebración de 364 días. La fórmula me pareció encantadora. De alguna manera un exceso (¿o parodia?) del optimismo. Uno puede salir todos los días a la calle y con pocas posibilidades de equivocarse lanzar un "Feliz no cumpleaños" desenfadado. De todos modos, desde entonces, contemplé la pesadilla que podía resultar que te cantaran "Las mañanitas" y te hicieran apagar velas, y en los restaurantes se enteraran y te felicitaran los meseros y la cajera que ni conoces y que esto suceda una y otra vez. Demasiada celebración podía empachar. A Alicia porque no le cantaron "Las mañanitas" ni la hicieron pedir un deseo ni tuvo que dar las gracias, ni conmoverse ni aceptar que era un año más vieja y hacer planes y recuentos. Pero estoy por el No cumpleaños en el sentido de pasarla lo mejor posible entre amigos o con los más queridos, a la mesa y lo más a menudo posible. Para mí la celebración es la mesa a cuyos márgenes nos sentamos para compartir la comida y el vino. Un paraíso efímero pero repetible. Ese sencillo ritual lo quiero en los no cumpleaños de todos los días. Aunque no tenga el vestido azul de Alicia y el conejo me siga diciendo que se le hace tarde hoy. Pienso que se ha equivocado porque a la que se le hace siempre tarde es a mí. Pero no salgo corriendo porque, verá usted, estoy celebrando mi Feliz no cumpleaños y la mesa y la conversación, la alegría y las cosas que me importan me tienen atada. Y quiero seguir así antes de que me corten la cabeza.

Celebración del amor

Hernán Lavín Cerda



Que nunca se nos vaya el destello, la juventud del amor, amor de nunca y de siempre, tutto il giorno, amore per sempre, amor casi fuera del mundo, lejos ya del amor. Que no se nos vaya en silencio como se va la luz en su luz, más allá del soplo de la luz, allí donde toda luz en su amor es lejanía.

Amemos al amor, amémonos en su luz como en aquel desliz del primer día del mundo. Que nunca se nos vaya la respiración en su destello, aquella juventud del amor que se desliza amándose a sí mismo y nos encierra dentro de un círculo para amarnos como tal vez nunca: amor de siempre y de nunca, amor de siempre jamás como en el amanecer del mundo.

Amémonos en los latidos del joven y viejo amor casi fuera del tiempo y de aquel espacio donde el amor aún respira. ¿Te recuerdo, me recuerdas un poco antes de toda memoria, nos recordaremos al fin como en el primer día del mundo?

Que nunca se nos vaya, amor mío en ti, amor de nadie, nada, nunca jamás, amor tuyo en mí, que la juventud del amor siga siendo el manantial donde aparecemos y desaparecemos como los latidos de aquella luz que siempre nos alumbra.

Amémonos en el ojo solitario de aquel Dios que no dejará de sonreír como si tal vez no hubiera nacido todavía. Amor una vez más en el amor. Amor en la secreta casa del día y de la noche. Amor por nunca y por siempre en aquel País de Nunca Jamás.

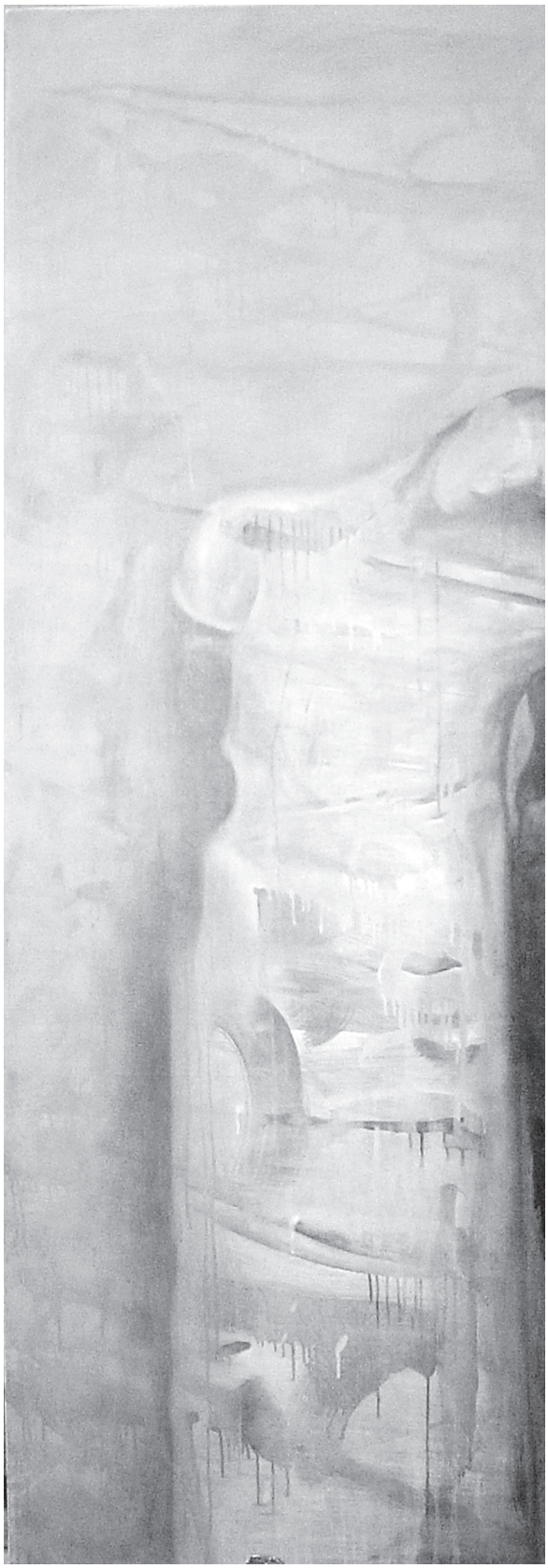
Amemos al amor en su destello. Amémonos en su luz como nos aman los ángeles del primer día. Que no desaparezca el humor juvenil del amor de nunca y de siempre. Que no se nos vaya en su destello. Bellísimo amor lejos del mundo, casi fuera del espacio y de aquel tiempo que parece volar lejos de sí, ausente una vez más, lejos de nuestra sombra, sin haber volado nunca.

Filo Mayor

José Ángel Leyva

Justo, mi padre, iba a la sierra a buscar maíz y frijol para abastecernos todo el año, pero increíblemente volvía con las manos vacías. Nunca faltó una paloma, viuda o abandonada, que no le oprimiera el corazón y recibiera, por nada, sólo por el hecho de ser mujer sin hombre, los bultos de grano que traía para nosotros. No dudo que tuviera además otro tipo de causas para ser tan filantrópico. El caso es que cuando anunciaba sus planes para ausentarse en busca de maíz y frijol, mi madre pegaba el grito en el cielo. Justo desarrolló claves para que María no captara el sentido de sus gestos y sonidos cuando se comunicaba con sus amigos y hacían planes para la excursión. Mari le tenía detectados ya todos los códigos y él se veía forzado a buscar formas de comunicación distintas cada día. Eso era motivo de tremendas confusiones con sus cómplices. A veces, ni él mismo sabía lo que había dicho o intentado decir. Pero un día mi padre se despertó de madrugada y sin dar explicaciones se vistió y preparó su recua de mulas. Esa mañana no hubo pantomima ni rollos para justificar la partida, que además hacía sin compañeros. Yo era muy pequeño todavía y únicamente recuerdo el agitado movimiento de ambos. El sonido de los trastos, el crepitar del fuego en la estufa de adobe y el aroma del café caliente. Ese olor que me llama cada día apenas despego las pestañas. En silencio, mi padre bebió pausadamente. Terminó la taza y se despidió amoroso de Mari. Ella soltó dos palabras que no envolvían otra cosa que el deseo de verlo vivo: "Vuelve pronto".

Caminó rumbo a unos valles donde lo embriagaron deliciosos olores de plantas regadas por la vega del río. Su idea era llegar a Filo Mayor y cargar las mulas. Descansó un rato en el paraje y dejó que los animales pastaran hasta la saciedad. Más tarde los llevó a beber y se sentó al borde del río. Miró el agua y por primera vez le pareció extraño el movimiento incesante, el corcoveo del flujo al chocar contra las piedras redondas, los remansos, el ruido del cauce, las serenas líneas de la corriente que hipnotizan y despiertan el deseo



de dejarse llevar por ésta. Justo descubrió la melancolía. Algo inexplicable embargaba su espíritu. Nada ni nadie en particular provocaba su estado de ánimo, sólo la contemplación del paisaje y, si acaso, lo breve de la existencia del hombre. Cómo podía pensarse que la vida fuera como un río.

Es cierto, reflexionó, que la vida no regresa y sigue un curso o da lugar a vertientes, pero los ríos no mueren de repente, así, con sólo tronar los dedos. En tiempo de lluvias la creciente se desborda y arrasa cuanto está a su paso, luego vuelve a su cauce original y todo regresa a la normalidad. En las sequías los lechos son fantasmas que avivan la sed ante el recuerdo de la abundancia, pero más tarde los fantasmas y las sombras de la resequedad desaparecen, anegados por la presencia del mismo cuerpo de agua. El hombre no tiene retorno. Solo viene y solo se va por la misma ruta, sin traer y sin llevar nada; deja, tal vez, las marcas de su paso, sus voces y sus simientes, y a veces el peso de la ausencia que se lleva a otros. La vida del hombre no es un río, es una nube que nace del agua y se descarga en el agua. El río es la muerte, lo que no tiene retorno, el olvido. Sí, la muerte es un río.

Cuando Justo intentó levantarse, estaba adherido a la tierra por una gran cantidad de yerbas que salían de la humedad. Estaba empapado. El agua había subido por sus zapatos y ascendido hasta la cabeza. Aquello lo hizo reír. Alguien más lo hacía a carcajadas a su espalda. Gelasio Trinidad Rosiles no podía contener la risa de ver a mi padre sujeto por tantas manecillas verdes y envuelto en una capa musgosa. Se sentó a su lado y comenzaron la charla.

—Compadre, cuántas horas no habrás pasado allí para que te agarrara la maleza y te envolviera la lama. Estás hecho una sopa de verduras. Luego iremos a mi casa para que te cambies de ropa.

—No, compadre, debo llegar hoy a Filo Mayor para comprar maíz y frijol. A María ya se le agotó la despensa.

—Ni lo pienses, viejo, hoy por la noche hay fandango. Ya tengo preparada la tarima para el baile y hay suficiente trago. Además, de mi casa estás a un paso de Filo Mayor. No seas aguado, Justo, quédate esta noche. ¿Qué dices?

—No sé, ya sabes que no soy afecto a las fiestas —le dijo socarrón mi padre.

—Por cierto, viejo, fíjate que descubrí hace poco una milpa abandonada donde crece el maíz, el frijol y la calabaza. Los zanates y los cuervos se hartan desgranando las mazorcas y picoteando las vainas, pero no le hacen mella a la cosecha. Ya verás ese campo verde, verde. Las puntas doradas del elote se ven como pajaritos bebiendo los rayos del sol. ¿Podrás acompañarme?

—Ni lo dudes, Gelasio, allí estaré, pero después que tú.

—No seas desconfiado, hombre, te digo la verdad. Podrás llevar el maíz y el frijol que desees a tu mujer sin pagar un centavo. Y de las calabazas ni te digo, tus chiquillos van a darse gusto comiendo dulce con leche.

—Sabes, viejo sapo, traigo la muerte anudada en la garganta. Hoy se me clavó como un aviso en el pecho y sólo pensé en huir, en llegar a la sierra para quitarme la maldita idea de encima, pero como la humedad, se me va metiendo en el cuerpo.

—Y vaya que se te ha metido, mira cómo estás lleno de lama, ¿o de alma? Hasta retoños de helecho, creo, te están saliendo del tronco. Pero carajo, gordo, no entiendo cómo te puede ganar el chingado pesar. A ti, que eres puro festejo. Total, debes entender que a todos nos llega la hora y que tarde o temprano partiremos. Cuando morimos dejamos de estar solos, no hay ausencia, sólo paz y sueños.

—¿Y tú cómo lo sabes, viejo hablador, si no has hecho otra cosa en la vida que divertirte en el Burro y trabajar como burro? Ah, viejo cabrón, cómo la has pasado bien, y yo contigo. No cabe duda de que te voy a extrañar donde me encuentre.

—Por dios, Justo, ya deja de hablar como zopilote de iglesia, que me vas a contagiar tu tristeza. Por cierto, quería contarte que me voy de viaje. Esa es la causa por la que organicé una gran fiesta en mi casa. Sabes, me siento cansado. Pienso que es tiempo de que mis hijos se hagan cargo de las tierras y aprendan a bastarse por sí mismos. Yo ya no quiero saber nada de barbechos y desmontes, de pizcas y de animales. Los he invitado a todos, incluso a mis mujeres.

—¿Cómo vas a hacer eso?, ¿qué locura se te ha metido en la cabeza, viejo animal? No me imagino la que se va a armar.

—No te preocupes, lo tengo todo bien calculado. Si se pelean, lo harán después de que me vaya. En la fiesta no habrá disputas.

—¿Y has pensado a dónde puedes ir que no te recuerde a cada momento el campo y tus amigos?

—No tengo idea a dónde iré, pero una cosa sí te digo, mi querido gordo, allá me divertiré más que aquí. Algún día, cuando ya me acomode, te

invitaré. Ya verás las que armamos, porque aquí donde me ves, tengo aún bastantes plumas en el cuero. Por lo pronto, quise despedirme de ti, porque has de saber que eres mi amigo del alma, aunque te doble la edad.

Ambos guardaron silencio y se quedaron pensativos, dejando que la mirada corriera en el agua. Mi padre recordaba que Gelasio le había confesado, hacía poco tiempo, sus deseos de organizar la mayor fiesta de la región en muchos años, sólo buscaba un buen pretexto para hacerlo.

Rosiles vivía solo. De vez en cuando iba a Petatlán para adquirir víveres, pero su estancia solía prolongarse durante días. Le gustaba visitar las cantinas y cortejar a las muchachas. Las parrandas duraban hasta que no le quedaba un centavo en el bolsillo, agotaba su crédito y no hallaba quién pudiera prestarle más dinero. Entonces montaba en su yegua y se iba a la Soledad a buscar a mi padre para curarse la cruda. En lugar de quedarse con sus parientes, antes de regresar a su casa, pernoctaba un par de noches con nosotros. El viejo y el joven platicaban todo el día. Echaban a andar por entre las casas y en las tardes se sentaban a fumar y a tomar café. Historias iban y venían. Algunas trágicas y otras muy divertidas. La chiquillada se sentaba a su alrededor para escuchar el contrapunto.

Cuando Justo abrió los párpados, Gelasio ya no estaba a su lado. Seguramente al verlo dormir no quiso interrumpir su siesta y se fue a terminar los preparativos para el fandango. Mi padre se palpó la ropa. Ya no estaba mojada, ni musgo ni yerbas cubrían su piel. La atmósfera de tristeza que lo tuvo preso un instante se había desvanecido. Co-

gió su recua y se dirigió a la casa de Rosiles. La noche cayó de repente en el camino.

Cuando se aproximaba a la casa de su amigo vio que de las montañas descendían ríos de fuego. En efecto, los músicos ya estaban allí ensayando con arpa, guitarra, violín y cajón. En el patio de la casa había una tarima enorme de madera para los danzantes. Los ríos de fuego continuaban moviéndose lentamente hacia la planicie donde vivía Rosiles. Una gran cantidad de aves y de cerdos fue sacrificada para la ocasión. Los hijos y las mujeres de Gelasio convivían con los demás sin dirigirse la palabra entre ellos. Mas poco a poco el ambiente los iba relajando y provocaba la comunicación entre los hijos y los hijastros de Gelasio Trinidad, al principio con monosílabos, con sonrisas y ya después con francas charlas en las que campeaban los chistes y las bromas. Las mujeres guardaban su distancia, pero cada vez menos. Al final de cuentas tenían mucho en común.

Justo bailaba y de reojo miraba a su amigo. Paró la música y pidió un minuto de silencio para brindar por "el amigo para quien la vida sólo ha sido un día de fiesta". La aprobación a las palabras de Justo fue unánime. Los invitados alzaron sus vasos y brindaron por Gelasio. El conjunto musical celebró la idea con una diana para seguir con la pieza preferida del anfitrión: "Ya te dije que no vayas, ya te dije que no vayas, a traer agua al pozo jondo, porque allí andan los muchachos, porque allí andan los muchachos y pueden saltarte al chongo..."

Mi padre abrazó a su amigo y comenzó a recordar momentos inolvidables, divirtiéndose de baile en baile, de pueblo en pueblo. Gelasio vio que Justo se quedaba serio y comenzó a bromearlo:

—¿Qué sucede para que te pongas a tristear, amigo? Mira nada más cuánta palomita dispuesta a levantar polvareda.

Justo sonrió con un deje de amargura, sacó el pañuelo rojo del bolsillo trasero de su pantalón y subió al entarimado a bailar con una muchacha que agitaba las pestañas como aletazos de gallina clueca. Gelasio miró a Justo sacudir su pañuelo alrededor de ella, envolverla con una blanca sonrisa, atraerla a sí por la cintura y al final agarrarla por un brazo para llevarla con mucha delicadeza hasta su asiento, una larga banca hecha de un solo tablón de cedro donde sólo permanecían las mujeres de edad y las lisiadas. Él se fue a una esquina del patio, se empinó la botella de aguardiente, encendió un puro y se sentó a fumarlo debajo de un árbol. Ella, incrédula, no dejaba de mirarlo, mientras aceptaba la invitación de otros para subir a zapatear a la tarima. Los músicos estaban inspirados y tocaban como verdaderos profesionales. Toda la noche se bailó y se comió sin recato.

Por la mañana, la concurrencia desapareció como por ensalmo. Rosiles estaba solo, nadie más, salvo Justo, lo acompañaba. Los amigos retomaron el hilo de la plática de la tarde anterior en el río, como si nada hubiera ocurrido mientras tanto. Hablaron del tiempo, de la vida y de la muerte. Gelasio insistió en que antes de partir deseaba que fueran juntos a visitar el terreno donde el maíz, el frijol y las calabazas crecían sin dueño. Decidieron que mi padre debía visitar antes el sitio y comprobar por sí mismo que era verdad, además de asegurar una carga de alimentos. Rosiles

prefería quedarse a dormir toda la tarde, pues el fandango continuaría por la noche. Mi padre no quiso descansar y salió en dirección a Filo Mayor, donde supuestamente encontraría el cultivo.

Volvió con la noche a casa de Rosiles. De nuevo, ríos de fuego descendían de las montañas y hombres, mujeres, ancianos y niños comían y bailaban al ritmo de las cuerdas y el cajón, que un negro con ojos de rescoldo percutía con sus manazas. Las familias de Gelasio Trinidad estaban revueltas en el barullo y dejaban para mejores tiempos las disputas, los rencores y los celos. Allí estaban todos los parientes y los hijos que el propio Rosiles no conocía. Sólo le quedaban los fantasmas de aquellas mujeres a las que alguna vez amó y preñó desde que la viudez lo empujara hacia ellas. No obstante, todos estaban invitados al jolgorio, eran libres de moverse como en su casa y servirse de cuanto había.

—Sabes, Justo, creo que nunca vi tanta gente que asistiera a un fandango, y menos tratándose de mí. Será la última, pues como te dije, estoy pensando en irme a trabajar al otro lado. Voy a extrañar a unas cuantas personas, entre ellas a ti, amigo —mi padre sonrió y le dio una palmada.

—Nosotros también te vamos a extrañar, viejo sapo. Pero no te pongas sentimental, jodido, que me vas a poner triste a mí también.

—Oye Justo, ¿por qué siento que te alejas cuando hablo?

—No soy yo, eres tú quien se retira y abandona la fiesta.

—Oye gordo, pero si te estás durmiendo.

—No seas terco. Ayer te hallé difunto en la vega del río. No sé cuánto tiempo llevabas tirado en la maleza.

—¿No eras tú el finado, el que estaba con los ojos abiertos hacia el río y cubierto de yerbas y de musgo? ¿No eras tú quien me buscaba y en el camino te sorprendió un dolor que te engarrotó el brazo, luego subió al cuello y por último se te encajó en el pecho?

—No, Gelasio, lo sabes mejor que yo.

—¿Podrías estarme soñando, o yo a ti, Justo?

—El sueño no es la muerte, es sólo la antesala. ¿Ves esos ríos de fuego que descienden de la sierra hasta tu casa? Todo el mundo ha venido a despedirte.

—Entonces, ¿estoy muerto de verdad?

—Sí, viejo sapo, pero te estamos dando el adiós como te gusta, con música y con baile. Ya amaneció, es hora de que te llevemos a ese monte donde es verdad que crece el maíz, el frijol y las calabazas sin la ayuda del hombre.

Cumpleaños del mago

Wilfredo Machado

Buscaba en cada presentación y a cada momento cruzar el círculo de afilados cuchillos que lo despedazaban lentamente como una jauría de carniceros furiosos. La primera vez que saltó perdió una de las orejas —que quedó colgando en la punta de un cuchillo descomunal—, aunque no le importó de ningún modo. Era un precio bajo para su osadía. Además le bastaba sólo una para escuchar los ruidos del mundo, el susurro del viento entre las láminas brillantes que lo aguardaban con ansiedad a cada presentación. Luego fue perdiendo los dedos de las manos, uno a uno; los de los pies, la nariz, los tobillos, los brazos, las piernas, hasta quedar convertido en un amasijo informe donde apenas podía reconocerse rastros de lo que había sido un ser humano. Para ese entonces se había acostumbrado a las mutilaciones y las heridas, al sabor amargo de su sangre y se arrastraba como un enorme gusano de seda bajo el sol. La última vez que lo vimos se presentaba acompañado de un viejo mago que lo cortaba en diminutos pedazos con una sierra eléctrica, cosa que a él parecía no importarle. Sus ojos oscuros, sin párpados, apuntaban a las nubes que se arremolinaban en el cielo. Por las noches, la mujer del mago se disputaba con los perros los restos del artista que habían quedado esparcidos sobre la plaza solitaria donde soñaba el viento. Luego los cosía con un fuerte hilo de nylon para la presentación del día siguiente. Entonces el mago se acercaba, susurraba unas palabras junto a su oído, y lo retornaba a la vida con un leve movimiento de sus manos. A veces, a escondidas, sin que nadie lo percibiera, el acróbata movía la cola antes de la función.

(de *Las sombras invisibles*)

Hombre al agua

David Martín del Campo

Acechando frente al atrio de aquella catedral castigada por el sol, Antonio contemplaba las golondrinas surcando aquel atardecer de azul deslavado. En eso arribó un autobús de turismo. Se miró las manos y jugueteó un acorde sobre el piano ausente. Del ómnibus descendió un grupo de muchachas, rubias en su mayoría, que se llamaban en inglés, Helen, Dorothy, Pamela, *we are waiting for you*. Algunas llevaban pantaloncillos cortos, camisetas, sombreros de lona. Habían ido a las grutas de Cacahuamilpa y ahora deberían visitar ese templo del siglo XVI. Salir de una caverna para entrar en otra, cuando que la vida palpita a la intemperie, pensaba Antonio cuando de pronto una de las muchachas fue hasta él. Que si les podía hacer una foto. Una camarita *Brownie,* tres sonrisas frente al atrio y la turgencia ahí abajo, doliendo y deseando. Aquello fue una revelación: las golondrinas y la brisa que comenzaba a refrescar, las turistas correteándose por el jardín, su bicicleta recargada ahí con fiel docilidad… ¡Nada se había perdido!

La vida es exploración. Fue lo que dijo una vez que abordó el Chevrolet que había conducido hasta ahí el capitán Rangel.

—¿La vida es qué? —pero Antonio ya no insistió.

—Su hermano, en cambio, está sufriendo como una dolorosa —dijo el socio de su padre, pero Tony estaba extenuado y reposaba en otra atmósfera… el retrato perdido en la *Brownie*, las golondrinas adueñándose de la tarde, aquella mocosa chimuela de su infancia, ¿Margarita? ¿Conservaría el llavero con la figura de Pepe Grillo? ¿La había besado?

El arte es desastre. Aurelio no se repuso nunca del ramalazo. De cualquier manera el semestre en la universidad estaba ya perdido, así que gastó sus ahorros en discos con interpretaciones magistrales: Claudio Arrau, Liberace, Roger Williams, que ponía una y otra vez en su pequeño fonógrafo dentro de la recámara y bajo llave. Desayunaba solo, cerca del mediodía, y hojeaba a solas el periódico. Comía con desgano y no aceptaba las invitaciones al cine de sus amigos. Ya saldrá

de eso, se consolaba doña Aurora, admirando en cambio el espíritu repuesto de Antonio, quien ya organizaba un campamento con sus compañeros a las lagunas de Zempoala y un baile para celebrar el fin de cursos. Así llegó la temporada navideña y el ambiente pareció mejorar. Aurelio ya no se encerraba todo el tiempo y había retomado las prácticas de piano. Se había encaprichado con el *Concierto Italiano*, de Johann Sebastian Bach, cuya partitura le obsequiara el viejo profesor Ledesma. Para corregirse lo escuchaba, una y otra vez, en la interpretación de la *Deutsche Grammophon* con Alfred Bendel al piano, que era apenas dos años mayor que él.

En la Nochebuena concluyó aquel fugaz contento. Desde muy temprano fueron todos despertados por la interpretación del famoso *Concierto Italiano*, abajo en la sala, una y dos y tres veces, cuando apenas daban las ocho de la mañana. Después Aurelio se alzó de la banca, abrió el cajón donde guardaban los pentagramas y empuñando la pistola de su padre se dio un tiro en la sien izquierda, porque el muchacho era zurdo. Quedó tumbado, vestido de gala y con corbata gris, sobre el teclado del Wurlitzer. El arte es desastre, calamidad, desencuentro con la vida, y si no ahí tenían la prueba.

El velorio, esa misma tarde, fue una absoluta devastación. Ante la disyuntiva de celebrar la Navidad o asistir al funeral del muchacho, no pocos optaron por lo primero, además que el trámite forense fue un embrollo a pesar de los oficios que sacó a relucir el coronel Camargo, quien durante las exequias no dejó de repetir dos palabras cargadas de halitosis: “Muchacho pendejo, muchacho pendejo…”

A partir de entonces Antonio se juró odiar la Navidad, nunca más tocar un piano y abandonar la familia a la primera oportunidad, sobre todo por el hallazgo que hizo cuando el olor a pólvora aún no se disipaba. Había subido a la recámara de Aurelio buscando los papeles que solicitaba el

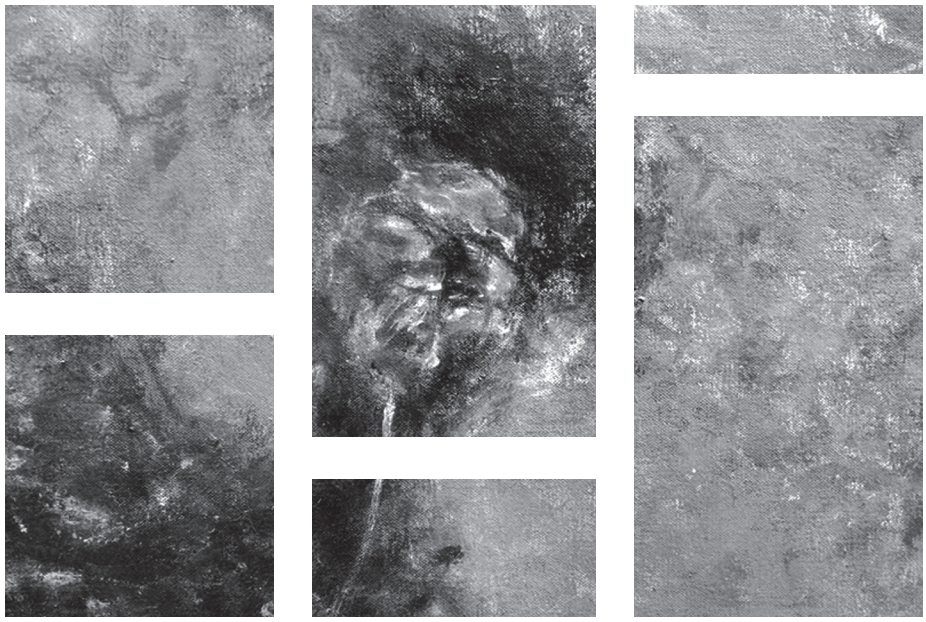
agente del ministerio público cuando se le ocurrió hurgar bajo la almohada. Ahí, junto a la pijama intacta, halló un pequeño sobre que decía "¿Vivir sin arte?", y dentro una carta lacónica saludando: "Misión cumplida, mi coronel". Eso era todo. Y claro, sus lágrimas como nunca empapando la camisa. Tony escondió la esquela y la tiró esa misma noche al bote de basura. ¿Misión cumplida? ¿Vivir sin arte? ¿Mi coronel? Había algo que nunca le perdonaría a Aurelio, porque la voluntad inconfesa del suicida es endosar la culpa. Muchas gracias, *my brother*.

Dos días después de la atrocidad Aurora Locarno emprendió algo igualmente insólito. Una vez que su marido partió hacia la constructora, porque el negocio no podía ser detenido por ningún capricho —eso dijo, "ningún capricho"—, la mujer pidió auxilio al jardinero y a la cocinera con quienes sacó el piano a medio jardín, le roció un bidón de gasolina y le prendió fuego.

A los pocos días Antonio decidió inscribirse en el curso vespertino del Coronet Hall, que ofrecía el dominio del idioma inglés en seis meses. Y en las mañanas, para ganarse algún dinero, se incorporó al despacho de su padre. Era la mejor manera de no permanecer en casa. Así pasaron los meses, entre *my name is Antonio Camargo and I live in Mexico City* y la preparación de los sobres de la raya, cada sábado por la mañana, hasta que en el verano ocurrió su encuentro con el abismo que le impediría ver, nunca más en sus días, el deslizamiento majestuoso de un tranvía bajo el cable electrizado.

(Fragmento de novela)

Eduardo Milán



Alegría

gustaría
ahora, necesaria, incluida
en todo, entera, sin que fuese
esa gracia especial, hímnica
de los grandes momentos con esferas
celestiales, dale al alma.
Alegría concreta, alegría de tocar
el cuerpo-carne, el cuerpo-música,
amados. Ruiseñores con, cántaros con,
ausencia con, aun carencia, omnipresente
en el mundo, en la palabra, alegría. Que si va,
que si no va con este tiempo y vuelve
sola, absurda, incomprendida ética,
como un otoño, como las hojas grises del árbol
en otoño, tristes. Es que sólo la alegría vuelve.
Decirla desde ya para que vaya.

La cama y sus placeres

Eduardo Mosches

Oscura cueva previa a la danza;
con lentitud va apareciendo iluminado sol rectangular
erecto frente a nosotros.
Emerge una mano hacia la luz
se une a otra
juguetean entre ellas se acarician flirtean
avanzan los brazos.
El cuerpo se aproxima y danza con las sombras
encuentra otra pareja se olisquean desgarran el aire con sus movimientos
se trenzan en la vertiginosidad que el placer impulsa
los muslos gimen esta danza de los cuerpos
búsqueda y reconocimiento.

La luz se adentra en la superficie de la cama
cuatro manos descubren las entrañas del lecho
fuerza que el placer desplaza
refugio de concupiscencia y encierro de voluntades.

La tela brinca revolotea
se transforma en nube que cobija
sudario que envuelve
en meseta pletórica de acciones.
El colchón salta con los cuerpos desnudos o vestidos
lo mueven ignoran atraen
lo huelen
la ropa sólo encubre
senos retozan con los senos
se acarician los falos entre falos

la piel roza la piel
se entremezclan los sexos en este baile
de lujuria galopante
intensa en la cúspide vibrante.

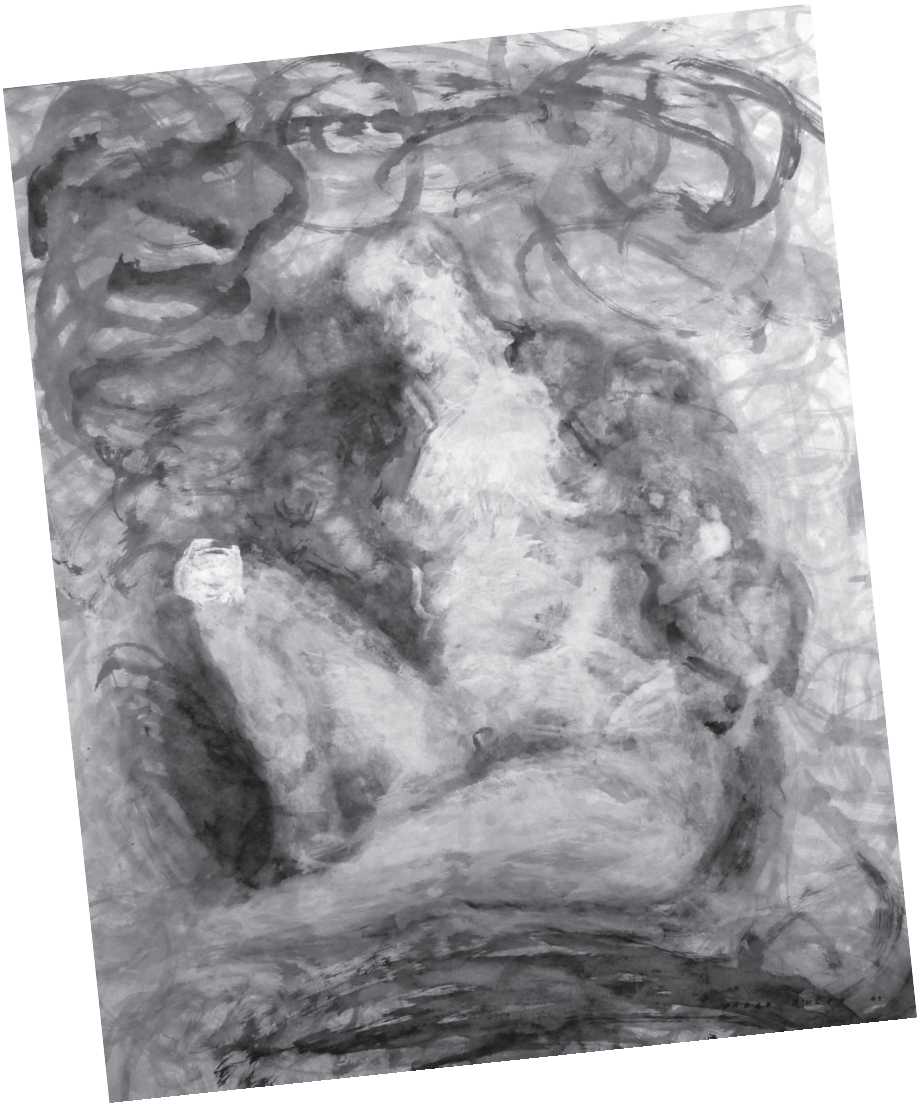
La sensualidad envuelve a la sensualidad.

No hay muerte pequeña
sólo fárrago en el éxtasis.

El sudor nimba los cuerpos
los cuerpos celebran el descanso
las espaldas son acariciadas levemente
descansan ejecutan melodías sordas
danzan colores y relámpagos
se expanden
en el espacio aéreo que les circunda.

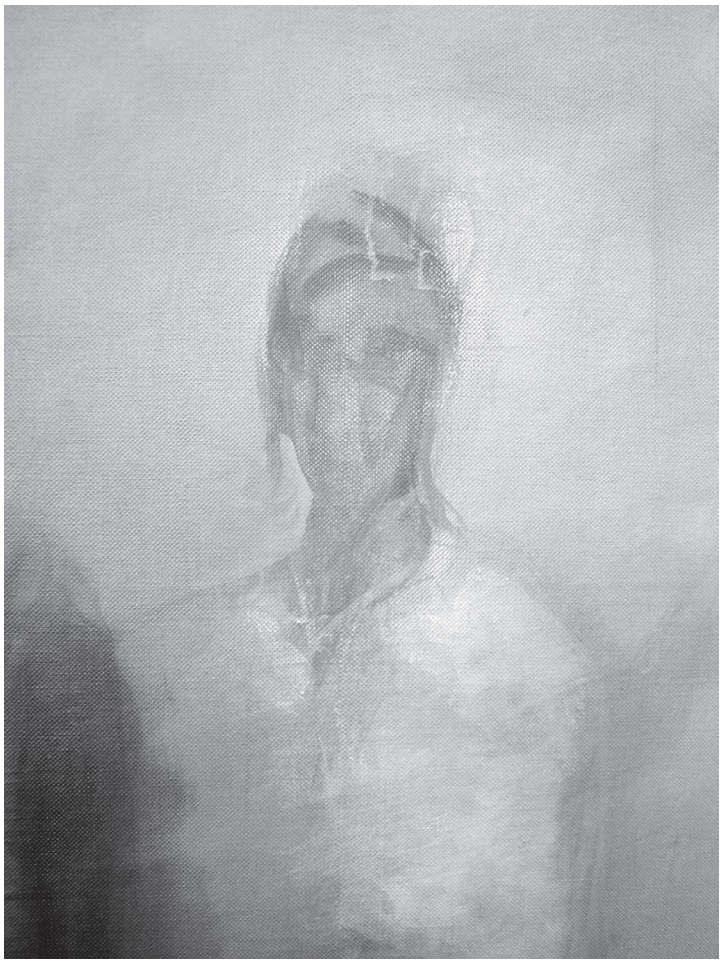
El sol rectangular se pierde con el nacimiento
de la tranquilidad sombreada
que los cuerpos despiden.

La cueva regresa al interior de la propia cueva.



Preámbulo

Cynthia Pech



Fue en el verano de mil novecientos ochenta y cinco
cuando la brisa y el vestido inflaron las ganas;
dijimos la tarde, una canción y un camino
y la fiesta comenzó con un juego de labios,
precipitó la noche y toda esa espuma,
arena espesa que mis caderas y sus batallas ya no olvidarían,
ni todos los peces entre mis piernas
sofocarían los caracoles que desde ese tiempo respiraron

Qué hacer con tanta pasta

Alfonso Peña

El Bachiller venía dando pasos soneros (nosotros decimos que el Bachiller tiene ese "tumbao" habanero o santiaguero, debe ser porque es descendiente del prócer cubano Maceo), él es puro timbal. ¡Y es que el negrito tiene tumbao! Parece que cada paso suyo se mueve al ritmo de un guaguancó, o una rumba agitada.

Carlitos, el escultor, atravesaba el parque Kennedy; justo al pasar al lado del busto de JFK (¡cuántas veces lo han querido pulverizar!) y buscar la salida en diagonal, los tres nos encontramos. Al avanzar entre las aceras concurridas; una inesperada colisión: "Q'hubo compa, todo bien, así es, linda tarde, casi noche, vamos por ahí…"

El Bachiller regresaba de su estudio que estaba por la calle ácida. Carlitos, mostraba su indumentaria de "rudo", compuesta de un mono de mecánico mezclilla azul saturado de polvo de piedra tobita. En el mono estaban los vestigios de su faena cotidiana. Los lamparazos del polvo de la piedra se impregnaban por las rodillas, los tirantes, el plexo. No abandonaba en ningún momento su estilo. El rudo que fragmenta piedra y talla maderas nobles. No cruzamos la calle encrespada por la circulación de vehículos y gente; tampoco pasamos por debajo de la luz roja del semáforo, porque en ese momento el Bachiller espetó: "vamos a tomarnos un tapirol".

La conversa efervescente acerca de la tarde azul náutica. Nos abalanzamos sobre la puerta grafiteada del Fitos.

—Tarde multiácidacolorazulártico.

—Piedra balsámica es la tobita.

—Grafitti saxo bramido.

—Negro sexual.

—Bachiller-negrito, deberías tomarte un mojito en una bodeguita que está cerca del parque Maceo y ahí verás al negrote que anduvo por estos parajes y de donde vos venís…

—¿Es imponente la escultura de Maceo?

—Maceo en bronce cetrino por la arenisca habanera.

—Una de mis esculturas en hierro por las Ramblas.

— ¿Tu escultura en hierro por las Ramblas?

—¡Ah!

—¡Oh!

—Desde el parque Maceo se mira el malecón… Suspenso mar azul cresteante.

—Tres tapiroles.

—Morro Che.

—Bombarda triple.

—Maceo en Mansión.

—Desde playa Sámara se mira la Mansión de Maceo.

—En Mansión todos somos familia.

—Descendientes de Maceo.

—Claro, es la mansión de Maceo.

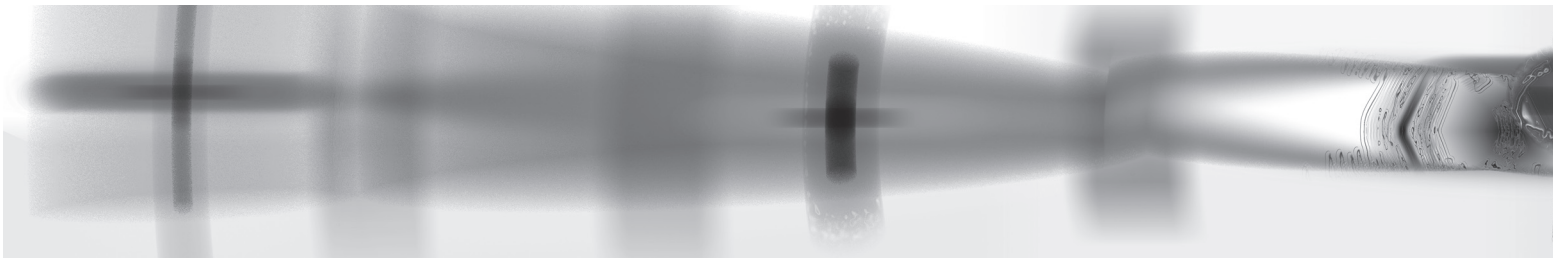
—¡Cómo no!

—¡A guarachal!

Brindamos, porque Carlitos estaba de cumple. ¿Cumpledías? ¡Cumpleaños! Nos vamos de farra. Farragosos. Faranduleros. Garruleros. Abordamos un taxi en la esquina del parque de San Piter y regresamos a la calle ácida. Carlitos nos dijo que lo esperáramos, iba a retirar sus bártulos donde un compadre. Salió de la máquina bamboleando su reciedumbre y sus greñas enmarañadas. Se deslizó entre la acera y se introdujo en un edificio grisáceo. Enjambre de apartamentos. Regresó con rapidez. Cargaba un bolso de tela descolorida y

una carpeta de dibujos. Con cuidado se arrellanó en el asiento trasero y la máquina tomó la ruta hacia Chepe.

Cumpleaños de Carlitos. El Bachiller dijo: hacemos la ¿vaquita, banquita? Claro que sí. Por Carlitos. Nada que ver, no lo permito. Yo invito, terció



molesto, el escultor. Tengo suficiente billete. No me lo van a creer, pero me ha ido muy bien con la escultura. Casi un imposible. No me digas que eso es imposible. Tenemos que ir un día a mi taller. En Escazú. Cerca de los cerros. Colecciono semillas. Semillitas. Son mis modelos. Las llevo a la talla y lo que sale es una creación asombrosa. Vos sabés hay que sacarle partido a las cenizas, a las llamas, a la madera. Las he visto: multieróticas, polimórficas. De diversos caracteres y tamaños. No como dicen "los conocedores", que son "sólo" eróticas. Así es la fauna. Etiqueta a la vista. Ni qué decir de la bronca de los egos. Hay un escultor vecino que me visita. Es de los que están predestinados a erigirse en maestros. Farfulla: "¿Semillas? Je, je, qué cursi. Deberías trabajar tus hierros como lo hiciste en Cataluña…, a la manera de Chillida". Esos tipos creen que te van a bajar el piso. Que salgas de tu frecuencia. Es una manera de joderte. De ningunearte. Pasó el tiempo. Siempre me rondaba, cada vez más mirón y preguntón. Un día visité a otro colega y después de conversar y conversar me dice: vistes las semillas de "J". Qué loquera. Se parecen a las tuyas. Es un ajusticiamiento: Fusilatum, fusilorum. Es como una anfibioambigüedad (atrocidad). Semillas. Viaje a la semilla. Corazón de semilla tienes tú, alma mía. Entre semilla y cojón. Entre semilla y pezón rosado. Cenizo, hojalatilla, flor de muerto, pelo de gato, mal hombre, zapote, chichicastle, ceiba, guanábana, coco, palo mulato, níspero, durazno, aguacate, laurel, tamarindo, cacao, zapatito de la vaina.

Carlitos, no tenías porque traernos al "As Rojo", es demasiado costoso. Nos hubiéramos conformado con el "Markus", o quizá el "Zanzíbar". En la mesa de manteles amaranto una botella de scotch. La cosa va para largo, la casa va para lejos. La casa contenta con los buenos clientes. La casa tiene la razón y los clientes salen ebrios. Bombeados. Hasta la médula. Tiene como pagar el cuentón. Sin problema. No hay que apurarse.

¡Bachiller, incorregible! Poco a poco las cortinas del fondo del nait club, se fueron corriendo, moviendo, destapando. Por los cristales emergieron unos crispados rostros de ojos rasgados, con tatuajes en las sienes y dragones en el cuello. Son los orientales del nait club. El Bachiller los

despertó. Los alertó. Los sacó de su viaje. Comedores de opio. Lotófagos. Bachiller, con sus giros y sus boleros. Su alegría contagiante. Mire señorita. Señorrrita. Seeññorita. Luz noctámbula. Luz de mis ojos. Fuego en tus ojos. Tú vives en mis ojos. Y entonces ficheras y coristas desfilaban de dos en dos y claro las bailarinas que iban y venían después de cada turno. Otra vuelta. Tres botellas de riunite. Una grapa. Dos de casillero del diablo. Yo soy whiskera, de etiqueta azul, es el color más distinguido, si no, no hay nada. Hablaba y se contorsionaba como una mariposa de alas nazareno. Linda. Corazón de pedernal. Crema de pipermín.

Mi cielo dicen mis amigas que si les puedes "regalar" varias botellitas de vino tinto francés para calentar antes de la coreografía. Va a ser con música flamenca. Qué dulzura. Orden para allá. Mi amorcito, cumpleañero, dedicada a ti. Rumba flamenca para ti. Se sentaba en las rodillas de Carlitos, le restregaba el trasero y le acariciaba la barbilla. Se levantaba de seguido y aparecía otra con un vestido de plata con hilos carmesí y le tocaba los bucles desordenados. Todas las bailarinas desfilaban por donde Carlitos que se sentía un Pachá, Chamangurú, Jeque. El sultán Carlitos.

Lo extraño es que en nuestra mesa las botellas de scotch se multiplicaban; la multiplicación de los panes o la (comenta Carlitos que él sueña con el escote de María Magdala) espléndida metáfora de las bodas de Canaán. Todos tenemos algo de magos, prestidigitadores, multiplicar los senos de todas las bailarinas. Multiplicar y triplicar los tatuajes de los orientales que por cierto nos ven con

caras de pocos amigos, cuesta entenderlos, son demasiado herméticos, sus risas y los acentos en forma de daga, puñal, estilete.

En la oscuridad (porque en algún momento se hizo la oscuridad) avanzó una turbulencia gélida. Era la máquina de niebla que anunciaba en clara complicidad con el juego de luces que las bailarinas se aprestaban a iniciar el show de fondo. Tambaleo rítmico, percusión endemoniada, zapateo acompasado por tacones altos de cristales y guirnaldas volando entre todo el espacio, eran dos o tres hileras de bellas amazonas de la noche, corpulentas, proporcionadas, de narices perfiladas y cabellos ondulados, de piernas alargadas y cinturas de viola, ojos moriscos y mulatos y criollos y orientales y mestizos, vestidos hechiceros rojos y amarillos y celestes con puntos violáceos y rueditas dentadas crucecitas y alabastros y jades y lindos collares, fantasía pura. Ellas caracoleaban, se deslizaban con gracia y movimientos de las manos, de vez en cuando enseñaban sus pasos

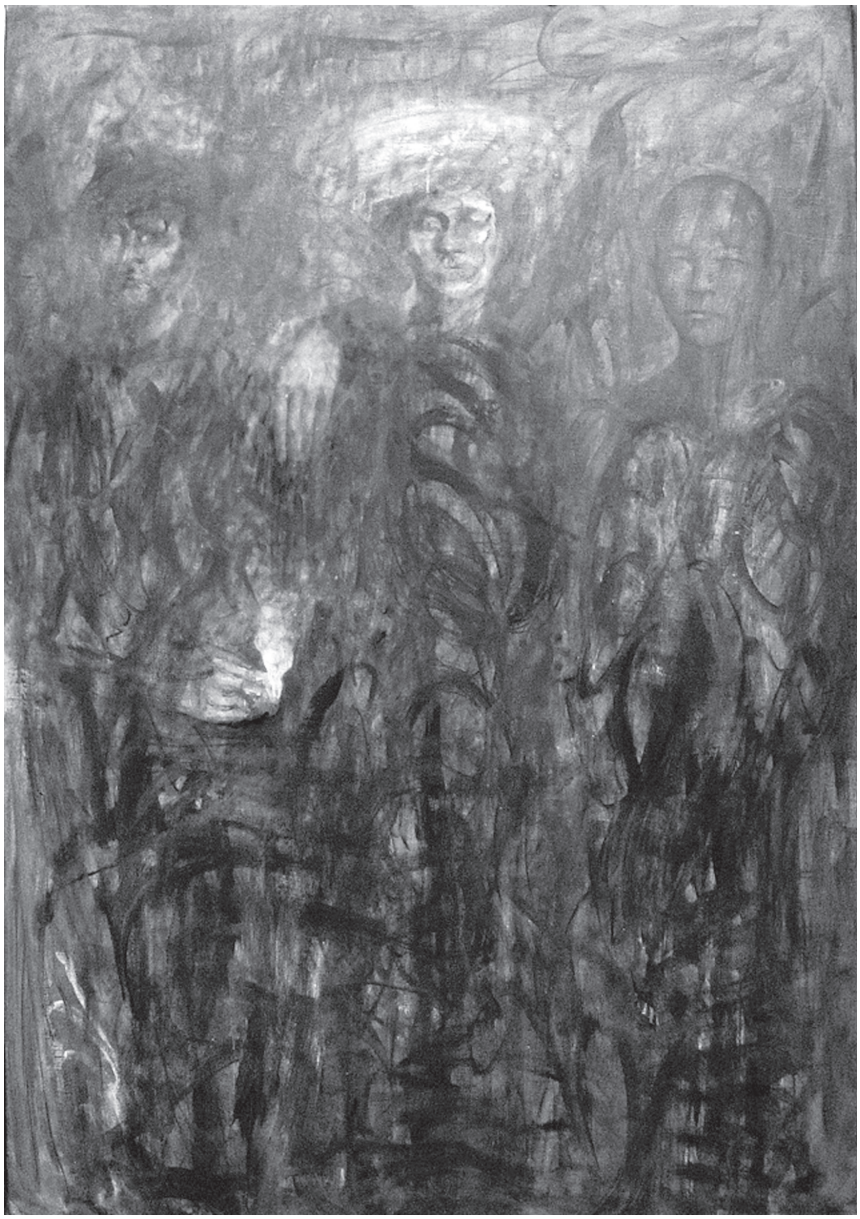
flamencos y gitanos y Carlitos estaba transformado y decía venga y ¡olé! y ¡olé! y venga no puede ser, esto no es cierto, es la magia total, es la cueva de Polifemo pero en el trópico y es que siempre lo he dicho la vida está en el trópico y ¡olé! y qué manera de bailar, son verdaderas princesas, vamos que esto no se ve todos los días, vamos, vamos a divertirse, eso es vivir la noche, todo en un solo momento, ¡olé! y ¡olé!

—¿Qué hiciste Bachiller? —protestó Carlitos, en medio de aquel frenesí, la confusión de las tres de la madrugada. Y es que antes de "eso" demostró sus habilidades, bailaba y se retorcía entre las butacas, y es que había butacas, sí señores, ahí se podían encontrar visitantes noctívagos de muy diversos linajes. El show era total. Antes del final, bailó las fusiones musicales. Hizo acopio de sus aptitudes histriónicas y dramáticas. Contó chistes e hizo retozos de muy diversas maneras. Aquel matiz del Bachiller nos era desconocido. ¡Bravo, Bachiller! Es probable que el scotch haya calado en él. Cuando Monique apareció en el tablado, parece que se nubló. Ella era la bailarina que cerraba el show. Dio tres y cuatro pasitos para delante y para atrás. Su sombrero llamaba la atención. Se dice que fue el color chispeante del sombrero. No lo creemos. Más bien pensamos en el scotch y la damisela de la noche. No se sabe cómo, el Bachiller se fue hasta la parte de atrás de las butacas y tomó impulso: dio un salto largo y cayó en el tablado. Las "damas de honor" de Monique se hicieron a un lado y él sin dejar de sentirse un "elegido" bailó o trató de danzar a la par de la princesa. El acoso fue total, la siguió por el tablado, hasta que los orientales entraron y con hostilidad lo tomaron de los hombros y entre sacudidas lo sacaron de escena.

El Bachiller se refugió en la mesa de manteles amaranto. Los orientales llegaron como hormigas. No nos imaginábamos que aquello era una madriguera de chinos. Algunos se insinuaban como tahúres genuinos y conocedores expertos de las artes marciales. Solo quedaba una salida, pagar y salir limpios. Hubo miradas intermitentes. Gestos feroces. Palabras ininteligibles. Hasta que un oriental que mascullaba el idioma, rezongó entre dientes una cifra astronómica. Inalcanzable. Dijimos cómo y qué. Policía, aulló uno de los orientales; de inmediato enseñó una daga reluciente. Otro se carcajeó. Carlitos se ajustó el mono de mecánico. Miró a los orientales de arriba abajo. Les paseó con insolencia su mirada de jaguar ancestral. Volvió a preguntar por la cuenta. Otro oriental le enseñó una daga filosa y alargada, Carlitos con prudencia pidió calma, por favor calma. Durante unos minutos hubo expectación. Lo vimos inclinarse en su asiento, y con mucho cuidado levantar de las baldosas su bolso de tela incolora. Lo colocó sobre la mesa y como si se tratase de un "pase mágico", del bolso emergió otra bolsa de papel craft. Fue maravilloso. De la bolsa de papel craft, bien acomodados, se asomaron muchos fajos de billetes verdes. Los chinos estaban estupefactos. Nosotros no podíamos creerlo. Pero así fue. Tomó unos cuantos billetes verdes y los lanzó en la mesa. Los asistentes que aun se encontraban en las butacas comentaban y aplaudían.

Cuando dejamos atrás el "As Rojo", Carlitos, el escultor, el coleccionista de semillas, cerró el episodio con una especie de frase dirigida a la

madrugada gloriosa: “Les dije que me va muy bien con la escultura; esta tarde El *club de polo* me pagó los trofeos que les hice para su campeonato; no sé qué voy a hacer con tanta pasta”.



La copa de aceitunas

Guillermo Samperio

…las palabras duras y tiernas
del excesivo perfume blanco…
Pablo Picasso

La dama de cabello rubio lleva un velo blanco hasta la cintura. Su blusa-corsé rojo sostiene sus senos al aire, por cierto bien dotados, y la falda azul empieza bajo su ombligo perfecto; y su abanico airea su cuerpo.

La tarde está seca y en extremo calurosa en Sevilla, y la mujer no quiso ir a la plaza a ver torear a su hombre, tan distinguido como El Lagartijo o Dominguín; se hizo acompañar por dos amigas quienes, como ella, también se encuentran casi desnudas. Una sobre un tapetillo de cañitas, cruzada la pierna izquierda; la otra se mira al espejo y se abanica la tarde, junto a un cuadro gótico donde una madona observa al cristo puesto en un sarcófago transparente, vestido de granate y corona de espinas negras. Las tres mujeres platican con gracia y la hacen de cantaoras.

En La Plaza de la Real Maestranza, mientras tanto, se torea a lo lindo; Pablete, el marido de la mujer acalorada y semidesnuda, está frente a su segundo toro y último de la tarde. Lleva dos orejas y ahora, además, le piden el rabo; empieza el último tercio del toro de nombre Isleño, y Pablete se acerca, con su acostumbrada valentía, a pitones, moviendo la muleta hacia al frente y hacia atrás para desconcertar al astado. Se lo hace venir por la espalda y, luego, de frente, con una serie de muletazos de cuatro pases y remata con elegancia, mirando hacia el público y recogiéndose la muleta para abrazarla y levantar el mentón con furia; pone en pie a la plaza y los oles vuelan como pájaros frenéticos fuera de la Real Maestranza.

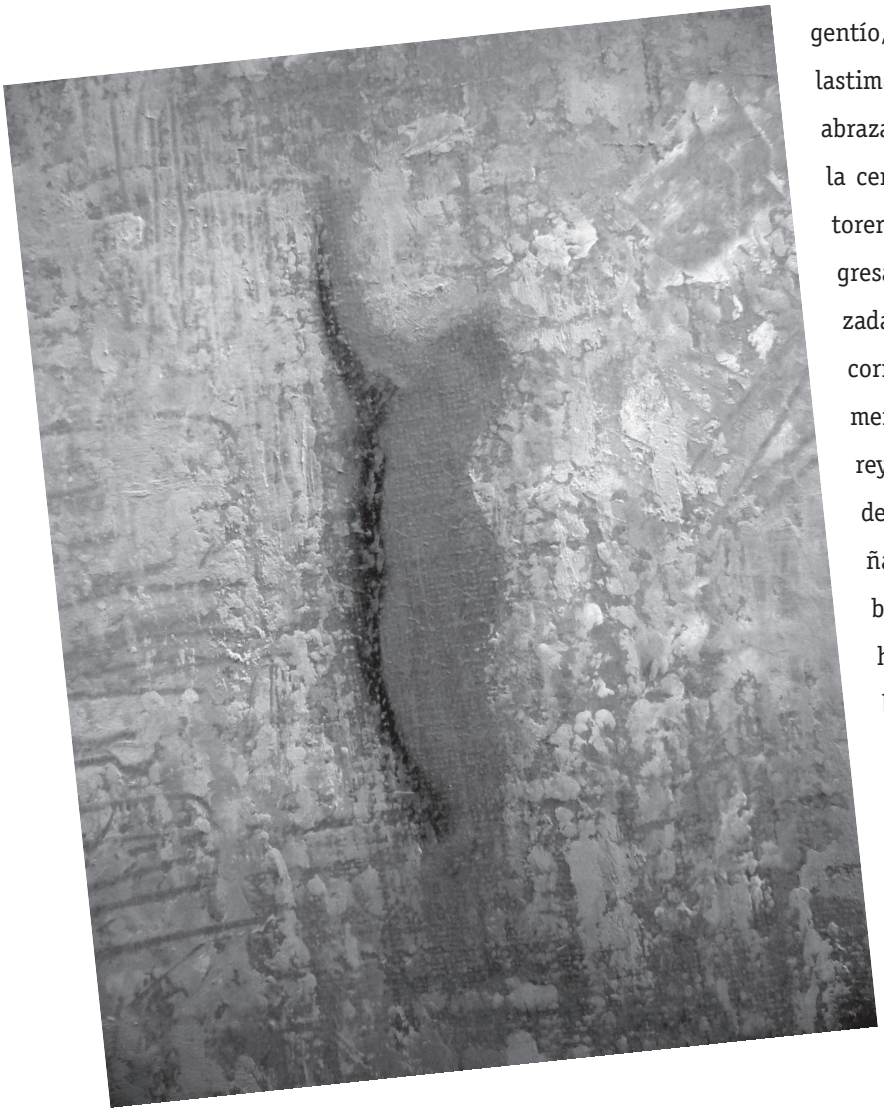
El rey, en su palco, quien ha venido de Madrid con su gente a la Fiesta de Oro, como la prensa le llamó a esta corrida, saluda con su pañuelo blanco de bordes corales. Pablete está aguardando, otra vez de espaldas a Isleño, el cual arranca sacando polvo entre las patas; el matador le da el primer pase y el animal pasa bufando, la plaza se pone en pie.

Pablete da otros dos pases de espalda y en el segundo casi le jalonea la taleguilla a la altura del trasero; de pie, la gente está pidiendo que el toro regrese vivo a cuadrillas, pero el espada se sacude

el trasero y vuelve a citar de espaldas a Isleño para, al fin, rematar e ir a la estocada.

El mismo rey manda pedir que Isleño regrese a cuadras, pero el toro, que pesó 567 kilos, va ya hacia Pablete, a quien el cuerno izquierdo le entra a la altura del riñón, lo jalonea en el aire como muñeco de paja; Pablete cae sobre la arena de un golpanazo, girando sobre la arena. Su gente intenta alejar y distraer a Isleño, animal negro entrepelado y decidido, pero éste arranca de nuevo y vuelve a prender el cuerpo de Pablete del estómago. Los chorros de sangre se distinguen desde la última fila de sol, lo mismo que los intestinos y otras partes del vientre.

Al fin, lo azota de nuevo y un capote milagroso logra sacar al de Miura del terreno de Pablete, quien no activa ya ni un dedo. Entran con la camilla, acompañados del médico quien, con rapidez, le acerca el estetoscopio al corazón unos cuantos segundos, mientras lo suben a la camilla. Están sacando al espada mientras el médico hace una señal hacia el palco del rey, con el puño cerrado y el dedo pulgar hacia abajo.



Sacan al matador del ruedo y el gentío, incluido el rey, lo aplaude hasta lastimarse las manos, ya lo lloran y se abrazan entre sí. Y, como es debido en la ceremonia del debate entre toros y toreros, en el momento que Isleño regresa a cuadrillas, se lleva una granizada de aplausos, pues ha dado una corrida que pasará a la historia. Un mensajero llega hasta el palco del rey y le confirma el fallecimiento de Pablete; el mandatario de España saca, de entre los encajes de su blusa, un pañuelo rojizo; lo agita hacia la plaza con lágrimas en los ojos. En ese momento, cada asistente de la Plaza de la Real Maestranza extrae un pañuelo blanco y las gradas se llenan de palomas acongojadas.

En casa de Pablete, las tres mujeres se encuentran bebiendo vino y casi están por completo desnudas; la mujer

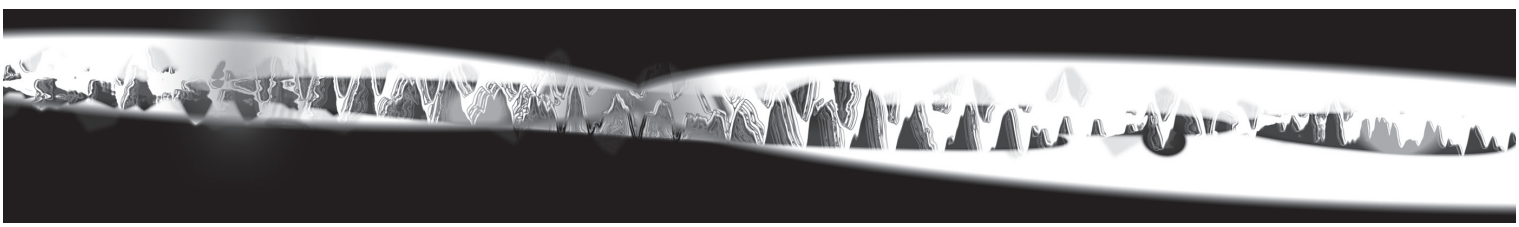
del torero va por aceitunas y, al ponerlas en una copa esférica, un ahogo le sube a los pechos, los cuales se elevan y bajan unos instantes; empieza a llorar sin razón alguna, va con sus amigas, quienes la animan.

Llega, de pronto, el apoderado de Pablete e informa, con la vista baja y vidriosa, que el gran espada acaba de fallecer; dijo que torero y toro, en el instante del primer impacto, hacían una figura descuadernada, como una escultura de líneas rectas en distintas direcciones, donde lo negro, lo rojo, lo dorado y lo sepia de la arena, en un instante se detuvieron y dejaron un cuadro de Goya para la eternidad. La copa de aceitunas reventó en el piso.

Y, por fin, acongojadas, las tres mujeres terminan de quitarse el ropería, quedando desnudas como las Tres Gracias que pintaría Picasso. Ante tal prodigio y suspendiendo un poco el luto, el apoderado intenta desvestirse ante la mirada pasmada de la muy reciente viuda. Él piensa que, al final, el apoderado es el apoderado por la maravilla de los toros y por todo el dinero que invirtió en Pablete cuando el matador no tenía dónde caerse muerto. Pero el apoderado no contaba con que Pablo Yépez Lizárraga, alias Pablete, había hecho pactos con los dioses antiguos a través de un cabalista. Y cuando el apoderado empezaba a quitarse la camisa, tras bambalinas, es decir tras los biombos griegos que el matador y su mujer trajeron de su último viaje a Grecia, apareció un fauno encolerizado, que Pablete poseía para cuidar a su dama.

Se dice que en las cortes, el apoderado llegó malherido y que las cuentas que entregó a la viuda fueron de lo más transparentes desde la época de El Lagartijo. La mujer, vestida de negro de pies a cabeza, con un velo tan fino que se notaba la hermosura de sus facciones, derramó alguna que otra lágrima. A la prensa declaró que lo que menos le importaba era la herencia que le había dejado su esposo y que, desde el día en que Isleño, al cual no le guardaba rencor, acarreó con Pablete, cada amanecer despierta llorando. Sin embargo, anunció que llevaba tres meses de embarazo y, ya fuera hombre o mujer lo que naciera, estaría en el ruedo; desde luego, con otro apoderado.

A la pregunta de un tal fauno que la cuidaba, ella no respondió, pero dijo que el apoderado bien podía explicar el asunto. Éste declaró que no existía tal fauno, que fue una alucinación que él tuvo y que los responsables de sus heridas, que le costaron un mes de hospitalización, habían sido unos gitanos bandoleros que lo prendieron al salir de la casa del espada.



Niño bomba*

Pedro Serrano

El niño se lleva la mano al diente,
duda.
Las bombas
no le han explotado.
Todo su cuerpo
se sacude
y no sabe
si se tiene que quitar
el calzoncillo.
No puede enseñar
su diminuta e inerme
creencia en sí.
No se sabe ante las cámaras,
tampoco lo piensa.
¿Qué
puede pensar el niño?
Volver
a ser un cuerpo mondo,
un temblor,
un gesto mínimo
que la cámara aprieta
como un aceite de paz.
Todos somos
esa gana de vida.

Oración
en un vacío
alrededor del mal.
Un gesto que es de todos,
el pudor infantil,
el cuerpo desnudo
que quiere conservarse
y crecer.
Así,
esa visión del niño
como un aceite lento
nos abarca.
Hay que correr
a protegerlo,
sacarlo de esa escena,
paralizado de horror.
Lo que no pasó.
Ahora el niño
y sus vigilantes
y nosotros
somos ese aceite,
ese calor oleaginoso
y obligatorio.

* Este poema lo escribí hace unos años, al ver en la televisión la noticia de un niño palestino en la frontera con Israel. En el último momento el niño se arrepintió, y en lugar de hacerse estallar con las bombas que le envolvían el cuerpo, se entregó. Esa era la noticia. Lo que se veía era mucho más. Muchas vidas, entre ellas la suya, por ese gesto a la vez airoso y heroico, se salvaron. Lo publico en estos momentos en que está pasando tanta muerte, mucha de ella infantil e innecesaria.

By By Carmen Miranda

Uberto Stabile

Recuerdo,

espero, revientes el verano – stop
que las dulces promesas de la primavera
mejor no recordar.
Ahora distante imposible resulta escribir poemas
más bien incómodo, por si acaso no llames.
Entretenimientos absurdos
tendido al sol como las iguanas,
ausencia de frutas exóticas
y una levedad en todos los movimientos
como única memoria de la noche impúdica
levando anclas al tiempo que medidas.
Pero tampoco yo lo entiendo
ni me entretengo en adivinar tu destino – stop
Pronto regreso al cotidiano olvido
ni telegramas y postales al buzón.
Biblioteca tras biblioteca excuso mis palabras
pero no la forma de decir lo necesario,
convertir mi desasosiego en prudencia.
Rumba, bolero y cha cha cha
no han conseguido todavía hundir el barco,
la barra sigue siendo extensa
y profundo el vodka sin compañía – stop
Si vuelves gustaría bailar contigo agarrao
como las palabras al papel
no importa cuándo, quizá tan sólo bailar.

La fiesta

Luisa Valenzuela

Support wild life, throw a party, decía una tarjeta que alguien le mandó una vez. Ella hizo propia la idea y les dijo a todos Traigan algo de comer, yo pongo las bebidas. Hubo entusiasmo salvo en Bolek que la acusó de banal. Vos traé mis cartas, no más, le contestó ella, y nos las comemos en una bonita ensalada.

Sólo si antes las leemos en voz alta a dúo, retrucó el muy maldito.

No despertar al perro que duerme, suspiró ella con buen criterio y se dispuso a seguir llamando.

Raquel propuso cocinar algo, Gabriel dijo que la ayudaría. A Vivian le encantó tanto lo de vida salvaje que sugirió una fiesta en la selva africana. Buena idea. Juntas fueron al día siguiente por la noche a comprar elementos idóneos. Ella se entusiasmó con un globo gigante, gris opaco. Le dibujará cara de hipopótamo para meterlo en la bañera llena cuando llegue el momento, y ahí mismo se le cruzó la idea de disfrazarse de sirena y quedarse junto al hipopótamo en el agua. Ganas de fiesta tenía, pero no ganas de participar. Que se las arreglen solos. Por fin decidió que poca sirena hay en la selva del África Ecuatorial y mejor se compra el conjunto de jogging con estampado de leopardo que vio en una tienda. Piensa pintarse la punta de la nariz negra, y bigotes, y seremos todos adorables y prístinos, será una gran familia.

El apartamento es chico pero bueno para una fiesta. El dormitorio diminuto en relación al salón sirve para descargar abrigos y refugiarse por un rato. La cocina es muy espaciosa, tiene una mesa grande donde organizar toda la parte manducatoria, en el living hay pocos muebles y cómodos. Despejó la mesa de trabajo y la puso contra el sofá que divide el área en dos. El resto de los pocos muebles se organizarán solos, con el ir y venir de la gente. Raquel depone su natural austero para decorar la casa y convertirla en selva. Mucho papel crêpe verde y bananas de plástico colgando del cielorraso. La colección de máscaras africanas ayuda a lograr un aire más impactante, y hasta hay una máscara de tigre de Bali que, asomando a

un costado de la biblioteca, aporta lo suyo. La iluminación será de vela y una que otra lámpara de aceite que encuentran por ahí. La música también la eligen con cuidado, aunque los tambores son mayoritariamente japoneses y el vudú es brasilero. Además ella es la feliz poseedora de un ídolo grande de madera que en su cuarto de hora le fabricó cierto africanista afroamericano. Se trata de un ídolo cubierto de clavos como colchón de fakir, porque cada vez que uno le pide un deseo debe clavarle un clavo. Le fue entregado ya ahíto de deseos, ella hizo su aporte de clavaduras varias hasta que se hartó o se impresionó o todo junto y el ídolo fue a parar al fondo de un armario.

Raquel supo recuperarlo y ahora reina en el alféizar de una ventana, con clavos y martillo adjuntos, para quien quiera pedirle algo. Con tal de que en el entusiasmo no me rompan un vidrio, le comenta ella a Raquel y Raquel ríe. Se ve que no calibra todo lo wild que puede llegar a ser un party.

Ella saca a relucir su colección de vasos desparejos y los pone en una punta de la mesada de la cocina, al lado de la heladera para quienes quieran servirse bebidas frías, las demás botellas están al alcance de la mano junto a tirabuzones y sacatapitas, perfecto autoservicio. La comida se irá depositando sobre la mesa a medida que llegue, los platos son una gloria que encontraron en un bazar: de plástico descartable verde, en forma de hoja lanceolada. En la remota selva de Vanuatu, le comenta ella a Raquel, usan unas hojas muy parecidas cuando tiene visitantes foráneos, son muy considerados con el otro, le hacen la vida fácil, arrancan unas hojas y las apilan para que cada uno las use de plato y se vaya sirviendo sus gumbos de mandioca y leche de coco, también presentados en hojas gigantes, claro está, que arrancan de unos arbustos locales.

Esto se nos está convirtiendo en una fiesta demasiado antropológica, hubieras invitado a gente de la universidad, le reprocha Raquel con cierto desencanto mientras se pone a disfrazar al pobre ficus de árbol tropical colgándole algunos platos-hoja. Juanita la plantita de marihuana queda en su lugar, para quien quiera servirse. Ella está segura de que no la van a diezmar, sus amigos han superado esa etapa, no se sabe si para bien o para mal.

A no inquietarse, le dice ella a Raquel, al rato; de la universidad sólo invité a Eileen Capsinsky, y es socióloga. Me llamó esta mañana para preguntarme si festejaba algo, dijo que tenía un regalo para mí. Veremos.

Ha llegado la hora de irse caracterizando, aunque Raquel sólo accede a ponerse sobre su enterito negro un bellísimo pectoral Dinka del Sudán, como una capa hecha de cuentas. Eso se usa directamente sobre la piel, la desafía ella. Vestida así soy una negra, a pecho descubierto sería una blancucha cualquiera, ríe Raquel, que está lista en un segundo y puede ir recibiendo a los primeros invitados.

Y cuando por fin ella aflora del baño después de maquillarse largamente y pintarse una cara de leopardo que le sienta, ya hay bastante gente copa en mano, algunos de safari, Gabriel espléndido vestido de guerrero Masai, Vivian totalmente *Out of Africa*. Ella se desliza como pantera, sin saludar a nadie, hasta su mesa de trabajo. Es la

única representante de la fauna autóctona en la fiesta africana y se toma a pecho su rol. Trepa a la mesa con la mayor gracia posible y se echa allí, como pantera en la rama, un brazo o mejor dicho una pata colgando sobre el sofá. Merecido descanso después de haberse manducado al cervatillo...

Bolek que llegó sorprendentemente temprano se sienta en el sofá a la altura de la pata y la acaricia. No condescendiste al menor disfraz, le ronronea ella. No creas, contesta él señalando un mínimo arañazo que le surca la mejilla izquierda: es una escarificación ritual, se practica mucho en mi tribu.

Vivian, solidaria como siempre, se está encargando de organizar la sección comidas. Las bebidas no necesitan apoyatura alguna, cada uno se sirve alegremente, se ve que la decoración los anima, no hay como las fiestas temáticas siempre lo supo ella. La música suena a todo trapo, le gusta estar así, como animal ahíto en su propio territorio, sin tener que ocuparse de los otros. Le han alcanzado un gran vaso de vino, Bolek la va alimentando con la mano, unas riquísimas croquetitas, vaya a saber quién las trajo. Ella casi ni piensa en Joe que hubiera aportado tanto color local a estos festejos.

La boca de Bolek está a la altura de su oreja.

¿Escribiste el cuento, beautiful? le sopla.

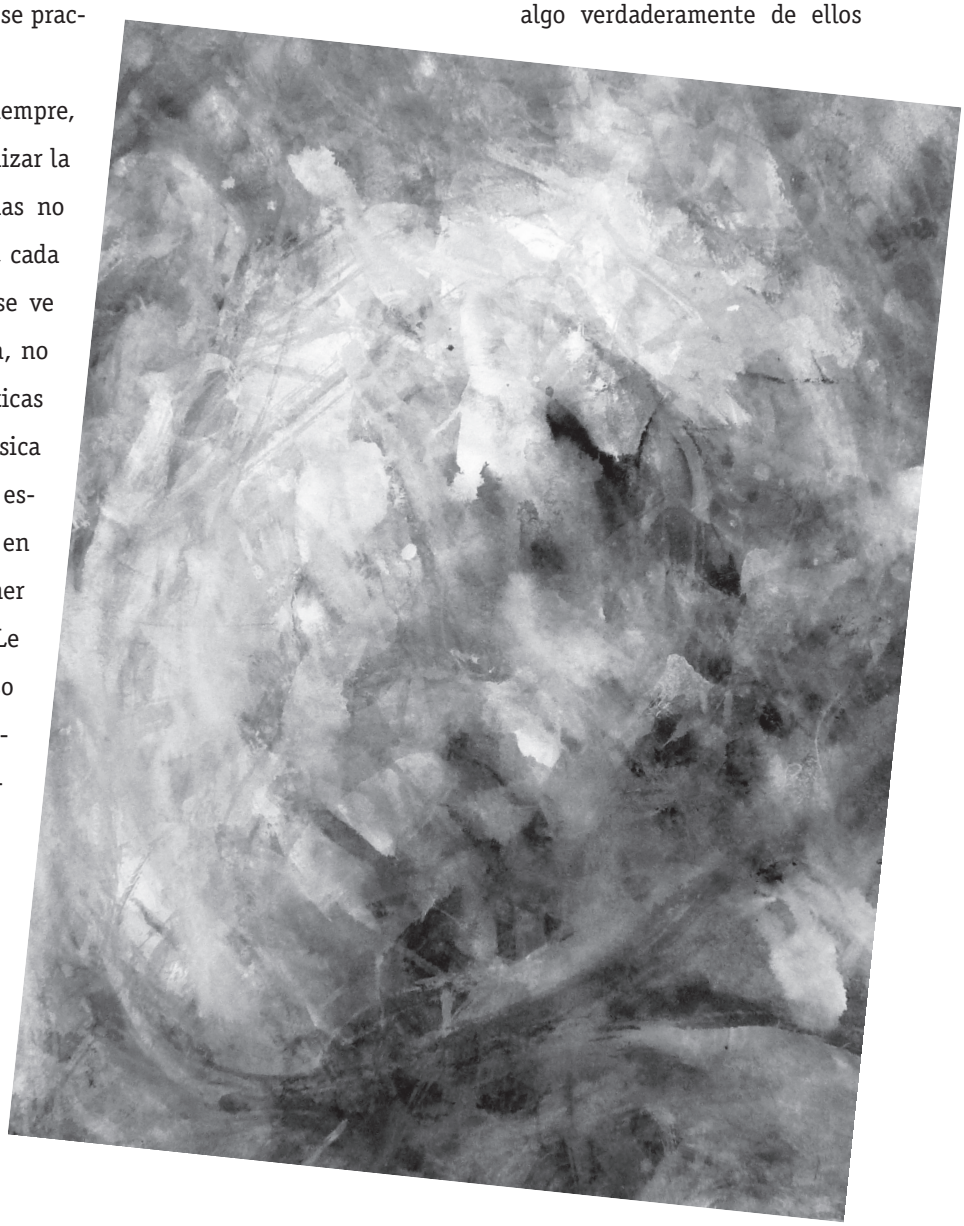
Quiero más cartas.

No te las doy. Las vas a destruir.

Por supuesto, me pertenecen, puedo hacer lo que quiero con ellas.

Yo te voy a escribir, cartas y más cartas, vamos a hacer juntos una novela epistolar, quiero tu pluma, beautiful.

(La ficción es indigna de vos, le había dicho en más de una oportunidad Facundo antes de recibir las cartas, antes de pensar que lo de ellos —si algo verdaderamente de ellos



hubo más allá de la ficción del matrimonio— iba a hacerse unilateralmente epistolar y mentiroso).

Intenta borrar el incómodo recuerdo. A veinte años luz Bolek propone la ficción, y una ficción conjunta. Se ve que él no quiere quedarse fuera: donde ha habido fuego cenizas quedan, lo sabe, y sabe que las cenizas queman. Pretende arrimarse al calor de los rescoldos.

No, le gruñe ella.

Nada de melindres, beautiful...

A las panteras se las trata con más respeto.

¡Respeto mis pelotas!

Y ahí nomás le pega un tirón del brazo y ella cae despatarrada sobre el sofá, casi encima de él.

Vivian parece ser la única en percatarse de la maniobra, los otros bailan y beben y como buenos neoyorquinos no prestan atención a las cosas raras a su alrededor. Pero Vivian se acerca, le palmea a ella la cabeza como si fuera un perro y no un felino feroz, le da un beso a Bolek en la frente, se aleja para seguir bailando. Bailar es lo que más le gusta. Bolek la agarra a ella en lo que parecería ser un abrazo pero es más una toma de yudo, después afloja y le pregunta:

¿Cómo pudiste sustraerte del vicio de escribir cartas? ¿Cómo resolviste el síndrome de abstinencia?

No se lo digas a nadie

Te prometo

No le digas a nadie lo de las cartas

Bueno

Fue fácil. Estaba en Barcelona, de regreso de la India, y me propuse trabajar a fondo el tema de la prostitución sagrada. Escribí varios trabajos y me resultaron mucho más estimulante, las cartas ya habían perdido su encanto, qué querés que te diga.

En Bali también. Estuviste.

En Bali también, habrás leído mi ensayo en *AnthToday* sobre las cremaciones, la otra cara del asunto.

¡Ensayos, artículos, peipers, el puro aburrimiento! Leí tu carta, es de las que me gustan.

Devolvémelas o te clavo las garras.

Probá, no más; también eso me va a gustar. Y después salite de tu intento de recuperar el pasado, es un plomo, densísimo, así como saliste de las cartas para meterte en una investigación en serio, ahora salite de todo lo viejo y musgoso y creá algo nuevo. You can do it, beautiful.

Y de nuevo la tomó en sus brazos como para abrazarla amorosamente, pero era para acapararla. La gente entraba y salía de la casa, el baile estaba a más no poder, alguien había traído serpentinas y desde su ángulo visual todo parecía una confusión de cuerpos entrelazados y anudados por esas tiras de colores; sin embargo ella supo de su presencia una fracción de instante después que Bolek. Bolek puede haber visto la cabeza de él sobresaliendo por encima de las otras, ella con la mirada a la altura de entrepiernas quizá lo olfateó, estaba en una buena posición para olfatear un hombre, el hecho es que supo que Tim había ingresado a su territorio aun antes de haberlo visto.

Quiso incorporarse y Bolek la retuvo. Vamos a escribir una novela en colaboración, le dijo al oído, y ella le contestó sí, claro que sí. Cualquier cosa con tal de desprenderse.

Ahora no es más un cuadrúpedo echado, está con Tim bailando contra la música, descubriéndole a la música un ritmo lento dentro de la síncopa frenética. Bailan en otro lugar, en otro

tiempo. Tim resultó ser el célebre regalo de Eileen Capsinsky. Se lo trajo envuelto en celofán, es decir con una especie de gola de celofán y moño. Él, encantado. Y ella lamentó no ser una núbil cumpleañera en Buenos Aires para respetar la costumbre de poner los regalos de las amiguitas sobre la cama.

Pero recuerda que está furiosa con Tim y se pone a increparlo. ¿Cuándo llegaste? ¿Por qué no llamaste antes? Dijiste que nunca vendrías sin avisarme ¿a qué jugamos?

Tim va contestando las preguntas con calma, vino ayer en la tarde a un coloquio, la iba a llamar pero Eileen lo invitó antes y quisieron darle la sorpresa, no estaba seguro de poder viajar a New York por eso no la llamó desde Los Angeles, no claro que no, no estuvo en Manhattan para nada en los últimos dos meses. ¿Cómo crees que no te iba a avisar? se ofende; eres mi refugio en esta ciudad de locos. ¿Y en Los Angeles? inquiere ella. Ahí mi refugio es el trabajo.

Bailan y bailan, y con suerte esta fiesta termina bien para ella y él se queda. Tantas fiestas tiradas por la borda, exceso de compañía y después de nuevo sola como llegó al mundo, sola como trompo girando en el vacío, como globo al que le cortaron el piolín y las corrientes ascendentes se lo llevan para arriba, demasiado arriba, alejándolo irremisiblemente de sus compañeros. No quiere quedar sola después de esta fiesta, no quiere ser un felino aislado, desparejado, apartado de la manada como le suele ocurrir.

Tim la aprieta fuerte y ella baila en puntas de pie, habla en puntas de pie, toda su actitud es en extremo cuidadosa para no ahuyentarlo. Es una cualidad que se reconoce, ella, ésta de espantar señores muy a su pesar, y Tim suele ser sumamente espantable. Despacito, que lo cazamos vivo, decían con su amiga Greta en lides similares.

¡Que siga la runga!, de golpe reclama ella de un grito.

Él no está de acuerdo. Amenaza con irse, tiene que preparar su trabajo, cuando no, en este caso la conferencia que debe dictar el lunes. Ella lo acompaña al diminuto dormitorio y él impertérrito se pone a buscar su impermeable entre la pila de sacos y carteras. Lo encuentra, por fin, claro que lo encuentra, no iba a perder así nomás su cota de malla —piensa ella— y rápidamente antes de la menor vacilación se la enfunda. Pero ella también es rápida, y de un zarpazo le arranca el cinturón y empieza a fustigarlo con el lado de la hebilla. Le gusta esta posibilidad de látigo, le da con más y más fuerza. A su caballero andante en su cota de malla también parece gustarle y empieza una danza que tiene mucho de deleitoso despliegue, como aves del paraíso en baile nupcial, y en el vano de la puerta del dormitorio se ha detenido Vivian de perfil, para observarlos con un solo ojo, más holograma de Garbo que nunca.

(Fragmento de la novela *La travesía*)

La noche a oscuras

Irma Verolín

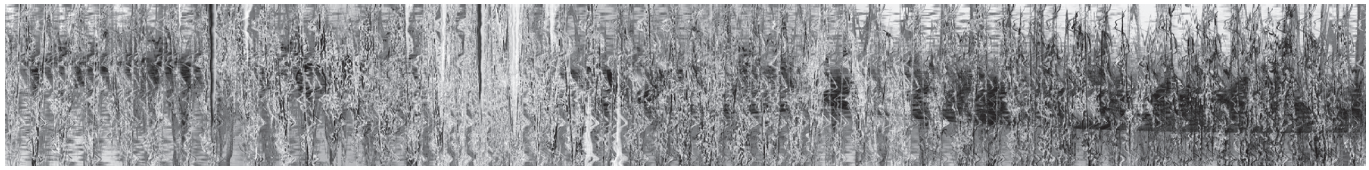
Atravesó la calle a esa hora en la que la sombra de los árboles y de las casas apenas se despliega sobre el piso. Se había puesto unas sandalias compradas años atrás que, aunque ya tenían bastante uso, le habían ampollado el empeine y algunos dedos. Cada año le ocurría inevitablemente lo mismo al principio del verano. A los zapatos era preciso domarlos, se habían desacostumbrado a sus pies. El trayecto hasta el negocio se le volvió interminable, tal vez por el calor o tal vez porque entre sus pies y las sandalias no había entendimiento.

El negocio estaba en penumbras. Detrás del mostrador, con el pecho medio engullido, se encontraba sentado el dueño. Apenas la vio, dio un salto y le preguntó cómo andaba. Ella movió la cabeza en señal de asentimiento. El hombre dijo:

—¿Cuántas le doy?

—Como siempre. Quiero tres.

Con una lentitud apremiante, el hombre fue hasta el fondo del local y trajo las tres velas. La blancura de las velas contrastaba con la piel morena del hombre que las envolvió en un papel que antes había servido para otra cosa. La mujer le pagó y mientras avanzaba hacia la salida pensó en el camino de regreso, en el agobio del sol, en su casa, que también estaba en penumbras.



La casa de la mujer era un rectángulo de dos habitaciones, una cocina grande y un patio atrás. Se parecía a las otras casas de aquel barrio suburbano. Todas estaban pintadas con el mismo color, un tono amarillento que con el correr del tiempo y la falta de otra mano de pintura se iba tornando agrisado. Cuando la mujer apoyó el paquete de las velas sobre la mesa de su cocina vio que la tinta del papel le había teñido parte de la palma de su mano. El color rojo de una ilustración predominaba sobre los restantes. Contempló su mano con cierta pena. Y se quedó mirándosela un rato largo, casi hipnotizada. Si no hubiera sido por la mancha de tinta no hubiese reparado en las líneas de su mano, de surcos profundos y cuarteados. Después, como si saliera de un estado de ensoñación, se preguntó qué estaba haciendo. Y enseguida se disculpó a sí misma, la fecha y el día lo explicaban todo. Igual que cada año esperaba la hora exacta para realizar su íntimo y solitario ritual de conmemoración. Las tres velas iban a ocupar el centro de la escena y ella iba a repetir más o menos las mismas palabras que venía diciendo desde hacía casi una década, año a año para esa misma fecha, a la hora de costumbre.

Ella sabía que el tiempo iba a transcurrir con lentitud hasta que llegara el momento, de modo que se procuró algunas tareas para entretenerse, para no pensar demasiado, en fin, para que al menos su día no girara en torno al vacío de la espera del momento de encender las velas y comenzar el ritual. Se dedicó a ordenar unos cajones y a planchar un juego de sábanas que había quedado arrumbado en el ropero. El movimiento del brazo arrastrando la plancha en una dirección y en otra le produjo cierto alivio, le aflojó el nudo que tenía en la garganta. De repente se miró los pies, se había olvidado de quitarse las sandalias como hacía siempre para ponerse sus cómodas chinelas de entrecasa. Estirar la tela con el peso de la plancha le hacía bien. Entonces sintió que la plancha se deslizaba con dificultad y descubrió que la lucecita roja estaba apagada. Verificó el enchufe, supuso que la plancha se había descompuesto hasta que miró hacia el velador que mantenía encendido constantemente frente a la estampa de la Virgen de Luján y notó que también estaba apagado. Movió perillas y terminó por convencerse de que no tenía corriente eléctrica. Descorrió las cortinas y contempló el sol allá lejos, detrás de una hilera de techos agachándose y volviéndose rojizo. Muy pronto, pensó, su casa iba a estar a oscuras. Se quedó allí, parada frente a la imagen del sol cayendo y le causó gracia volver a mirarse la mano manchada de tinta roja. Todavía faltaban algo más que dos horas para que ella encendiera las velas y comenzara su ritual. Sospechó que el tiempo iba a volverse laxo e insoportable, a falta de luz las horas crecerían en su interior como un animal que construye su madriguera. Permaneció

parada y volvió a sentir el peso de todo el cuerpo sobre sus pies ampollados y metidos dentro de esas sandalias que había rescatado de un rincón perdido en el ropero aquella misma mañana.

Los golpes en la puerta de su casa distrajeron a la mujer que por un instante se quedó muy quieta, sin reaccionar, de pie, delante de la ventana con las cortinas descorridas. Ahora su vecina en primer plano le hacía señas detrás del vidrio y le señalaba la puerta. Cuando la mujer abrió la puerta, la voz de su vecina le resultó chillona:

—¿A usted también le cortaron la luz?

—Sí —contestó la mujer

—Parece que es un corte general, en todo el barrio. ¿Ve? —dijo la vecina haciendo un amplio ademán con un brazo.

Ver, lo que se dice ver, no se veía nada. La mujer seguía con la mano en el picaporte de la puerta esperando que la vecina dijera lo que tenía que decir y se marchara. Pero la vecina, muy solícita, con un entusiasmo que no ocultaba las ganas de seguir conversando, dijo:

—¿Puedo pasar?

La mujer la dejó pasar. No era la primera vez que la vecina entraba en su casa. Siempre vestida con esas polleras floreadas y de colores fuertes, pensó la mujer cuando la vecina hizo taconear sus pasos en el pasillo de entrada.

—Necesitaría que me hiciera un favorcito ¿vio? —dijo la vecina aflautando el tono de su voz.

—Usted dirá —contestó secamente la mujer.

—¿No tendrá unas velas? ¿Sabe? Hoy es el cumpleaños de mi hijo, estamos de festejo, pero no tengo ni una sola vela, imagínese y ya están llegando los invitados.

La mujer empezó a tartamudear adivinando que la vecina ya había alcanzado a distinguir sus tres velas apoyadas en la mesa de la cocina. No quería prestárselas, eran para su ritual, se trataba de algo sagrado.

—Mire, yo tengo velas, pero las necesito… —argumentó la mujer.

—Ya sé. ¡Tengo una idea formidable! ¿Qué va a hacer usted aquí solita en medio de la oscuridad? Véngase conmigo a mi casa, la invito al cumpleaños de mi hijo. Véngase y traiga las velas.

Ni tiempo tuvo la mujer para contestar que no cuando fue arrastrada por la vecina hasta la casa del lado, con una mano la empujaba a ella, con la otra tomó las velas. La mujer se preguntó qué hacía en el lugar equivocado y con las sandalias que le sacaban ampollas a la hora en que debía

estar preparando lo que siempre había hecho en esa fecha.

La casa de la vecina estaba adornada con guirnaldas. De un aparato de pilas salía una música estridente que ella apenas podía tolerar. Ahora la vecina, intentando sobreponerse a la intensidad de la música, elevó aún más el tono de su voz para decir:

—Quién lo hubiera pensado. Mi nene cumple ocho años. ¡Ocho años! Si parece que fue ayer que le estaba dando el pecho.

La mujer miró al niño no con la expresión con que se mira comúnmente a un niño sino como si quisiera comprender algo, algo difuso que el simple hecho de mirar al niño no se lo permitía.

—Pero siéntese, por favor siéntese —invitó la dueña de casa.

La mujer se sentó. Tenía un gesto de presa acorralada. En sus ojos se adivinaba el fastidio y las ganas de huir. No tardaron en llegar parientes, amiguitos, gente desconocida que le estrechaba la mano y hablaba con voz estentórea. Las tres velas que ella había comprado estaban repartidas en puntos estratégicos de la habitación, aún así era más lo que no se veía que lo que se alcanzaba a vislumbrar. De manera que el diálogo que la mujer mantuvo con una señora de ojos saltones fue extraño. Eran voces que intercambiaban comentarios, pero no hubo cruce de miradas. De cualquier forma la mujer calculó que la que conversaba con ella debía tener más o menos su edad, rondaría los cuarenta, aunque la encontró mejor arreglada o más conservada que ella.

—¿Nadie trajo velas? ¿Nadie trajo velas? —gritaba una voz desde alguna parte.

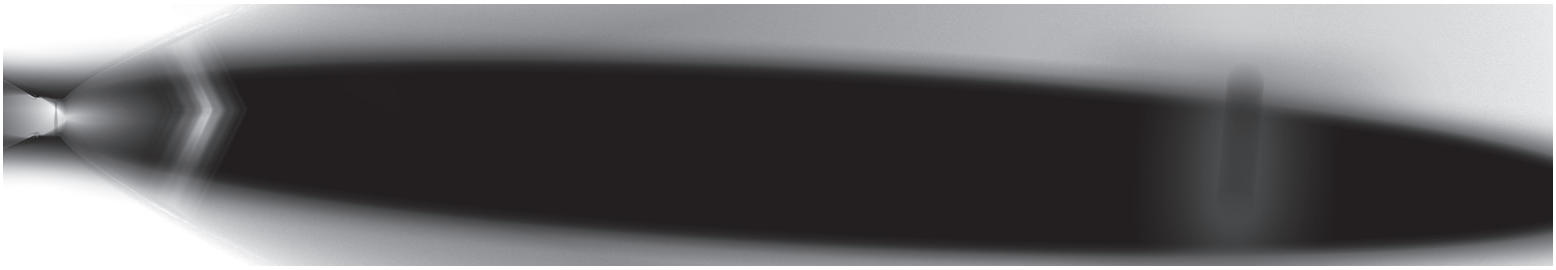
De entre la mezcolanza de sonidos sobresalió una voz que la mujer pudo reconocer perfectamente:

—Tenemos que agradecer a la señora de al lado. Nos prestó tres velas.

Y estallaron los aplausos. La mujer pensó que las velas la habían traído hasta allí y recordó la caminata hasta el negocio donde las había comprado, el calor, las ampollas que ahora le volvían los pies más y más en carne viva. Entonces la señora que estaba a su lado hizo la pregunta de rigor:

—¿Usted es la mamá de uno de los amiguitos del cumpleañero?

De buenas a primeras para la mujer la habitación se volvió completamente oscura y, cosa rara, le pareció que se instalaba un inexplicable silencio cuando dijo:

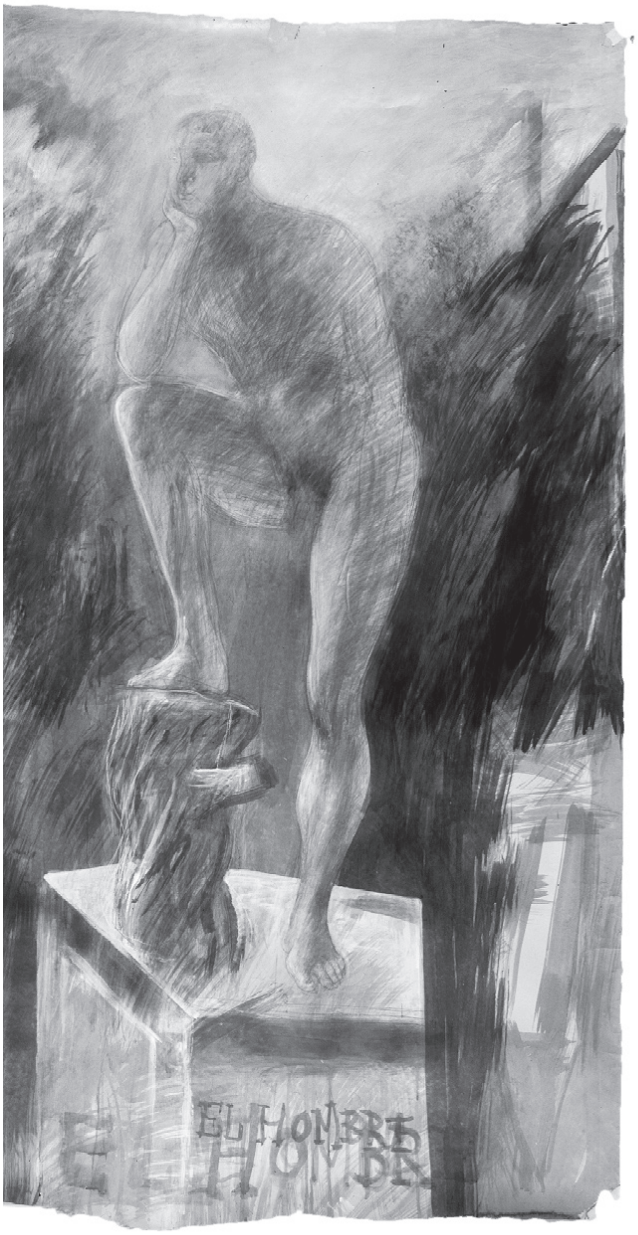


—No, yo no tengo hijos. Vivo sola. Estuve embarazada y lo perdí justo cuando faltaba poco para que naciera. Fue un día como hoy, fue en esta fecha, casi a esta hora…

A pesar de la penumbra, la mujer percibió la incomodidad que produjo su respuesta en la que mantenía con ella la conversación. Supo además que no iba a saber qué contestarle cuando le escuchó decir:

—Lo lamento, lo lamento. Ah, me disculpa, acaba de entrar un pariente y lo quiero saludar.

La mujer siguió sentada en el mismo sitio desde donde observó las tres velas que languidecían en su pobre luminosidad. Pensó en la mancha que tenía en la mano, en las ampollas de sus pies, quiso recordar las palabras que había repetido año tras año en aquella misma fecha, sintió el impulso de salir corriendo, pensó en buscar una excusa o en marcharse sin dar explicaciones, pero le dolían demasiado los pies y su casa estaba a oscuras y las velas continuaban encendidas allí donde ella permanecía tan cómoda y comiendo esas masas de dulce de leche que tanto le gustaban. Después, cuando se escuchó el canto del feliz cumpleaños y el niño apagó las ocho velitas de color celeste que pronto se derretirían, ella miró hacia la ventana y pensó que afuera debería estar soplando el viento. Es una pena —se dijo— si la calle estuviera iluminada se podrían ver las hojas del árboles moviéndose a lo largo de la calle. Eso pensó. Después la mente se le puso en blanco como una hoja de cuaderno, como un vestido de novia, como las tres velas que la trajeron hasta allí. La gente volvió a aplaudir y la mujer no supo por qué aplaudían de nuevo, pero se dejó llevar y ella también aplaudió y la mancha roja en la palma de su mano resplandeció.



Celebración de la dicha

Felipe Vázquez

I

Vine sin saber
que vine, sin
saber a qué venía, sin
saber a dónde. Nadie
está, en sí mismo
ni siquiera. Llega
y llaga el muro, en llamas
huye de su nombre. Allí
del dios no queda sino el arte y no
hay más arte a ras de laja. La cuchilla
en lo oscuro no recuerda, sólo
hay piel y, casi llama,
una duda al acecho de la carne.

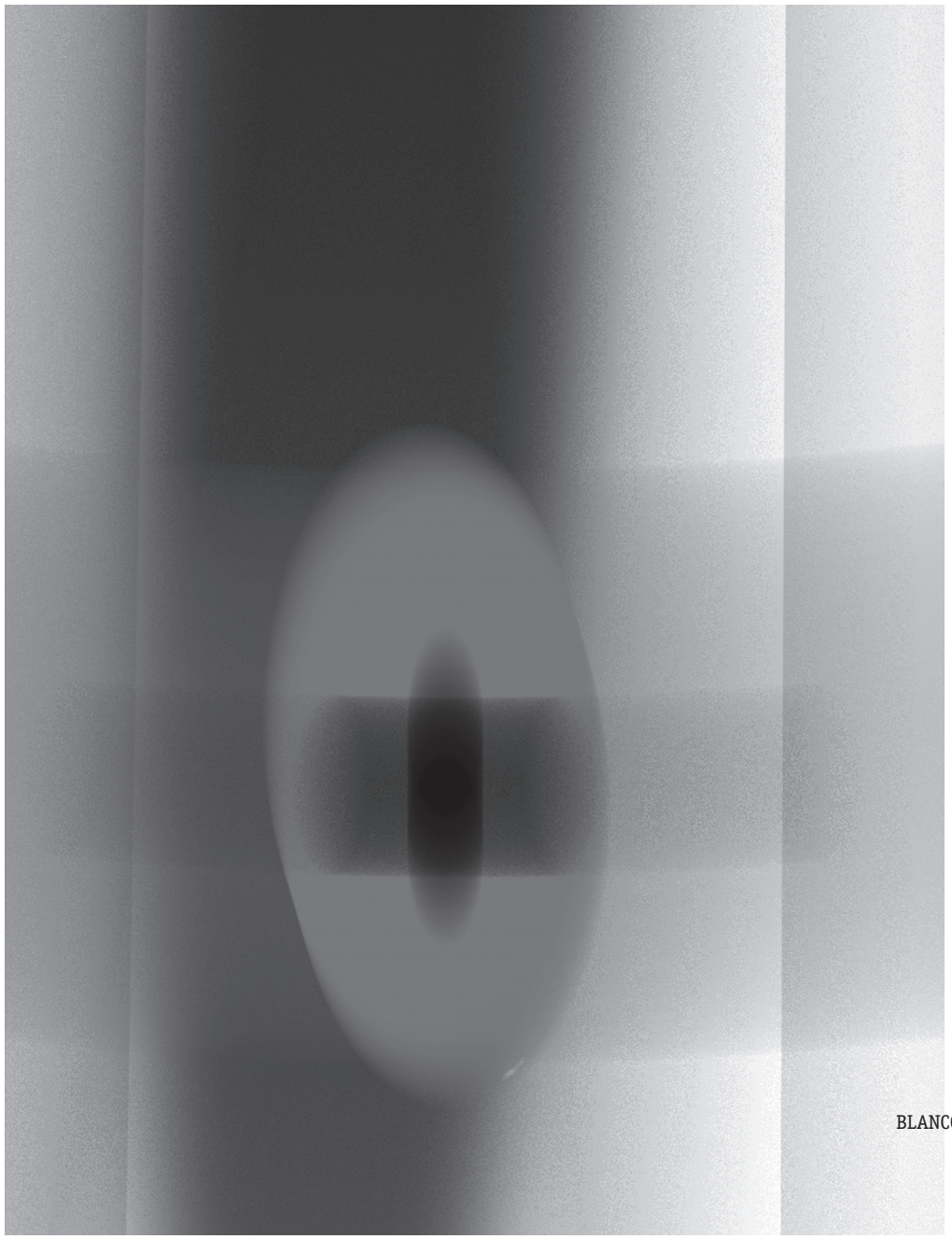
II

Tres palabras, no
más. En la memoria no cabría
esa luz descalza, casi perra
a orillas de este lago
rojo de basura. Estoy
afuera y ¿quiero estarlo?, ve
cómo el toro nace
al margen de su carne. Bajo
un cielo casi puro, el hacha
de tajo nos derriba. Guarda
en esa laja tu perfil de trilobite,
ya las dunas te erosionan desde adentro.

Pablo Rulfo

Ciudad de México, 1955.

Pintor y diseñador gráfico, trabajó en la Imprenta Madero de 1973 a 1977. Diseñador fundador del periódico unomásuno y realizó trabajos de diseño e ilustraciones para importantes editoriales e instituciones culturales. Vivió en París de 1978 a 1985, en donde trabajó en el taller de grabado Lacourière et Frélaut. Ha expuesto colectiva e individuamente en México, Estados Unidos, Canadá, América Latina y en Europa.



Blanco Móvil
Director: Eduardo Mosches

Consejo Editorial

Gerardo Amancio
Oscar de la Borbolla
Juan Carlos Colombo
Beatriz Escalante
José María Espinasa
Francesca Gargallo
Aralia López
Gabriel Macotela
Eduardo Milán
Cynthia Pech
Gerardo Piña
Bernardo Ruiz
Mayra Inzunza
Guillermo Samperio
Esther Seligson
Daniel Sada
Juan José Reyes
Juan Antonio Rosado
Felipe Vázquez

Corresponsales

Floriano Martins (Brasil)
Carles Duarte (Cataluña)
Jesús Cobo (España)
José Kozer (Estados Unidos)
Rafael Rivera (Honduras)
Marcela London (Israel)

Relaciones Públicas: Patricia Jacobs
Impresión: F. Rubio (5632 8314)
México, D.F.
Publicidad: Javier Flores (5574 0724)
Ilustración: Pablo Rulfo
Diseño de la portada: Pablo Rulfo
Diseño de interiores: Marco Kim

Blanco Móvil
Momoluco No. 64. Pedregal de Santo Domingo
Delegación Coyoacán, C. P. 04369,
México, D.F.
Teléfono y Fax: (55) 56-10-92-99
Email: eduardomosches@yahoo.com

Índice

Los primeros pasos
Eduardo Mosches

Todos somos migrantes
Gerardo Amancio

Celebraciones siniestras
Rosa Beltrán

Mostrar indiferencia a los señores sin faltarles al respeto demasiado
Rei Berroa

Veranos griegos
Marco Antonio Campos

María Zambrano en el recuerdo de Juan Soriano
Adolfo Castañón

Fiesta de Violetas
Ana Clavel

Celebración del mar de Arecibo
David Cortes

Parranda
Rafael Courtoisie

Jueves
Antonio Deltoro

Por consideración con mis estudiantes
Pedro Granados

Freaksis (fragmentos)
Mayra Inzunza

Poema
Raquel Jodorowsky

La celebración
José Kozer

En memoria de Alicia
Mónica Lavín

Celebración del amor
Hernán Lavín Cerda

Filo Mayor
José Ángel Leyva

Cumpleaños del mago
Wilfredo Machado

Hombre al agua
David Martín del Campo

Eduardo Milán

La cama y sus placeres
Eduardo Mosches

Preámbulo
Cynthia Pech

Qué hacer con tanta pasta
Alfonso Peña

La copa de aceitunas
Guillermo Samperio

Niño bomba
Pedro Serrano

By By Carmen Miranda
Uberto Stabile

La fiesta
Luisa Valenzuela

La noche a oscuras
Irma Verolín

Celebración de la dicha
Felipe Vázquez

www.blancomovil.com